

Dossier



Militancia y vida cotidiana en los '60/'70

La preocupación por los temas vinculados a la memoria del pasado reciente de la Argentina ha ocupado un lugar destacado en las últimas dos décadas, pero ha sido sobre todo en los últimos 7 u 8 años que el lugar de la militancia política de los años '60 y '70 ha podido ser transitado más allá de las presentaciones de aquellos militantes como meras víctimas del terrorismo estatal. Más allá de la trama de razones, situaciones y acciones que produjeron esta apertura, lo cierto es que esta nueva posibilidad se convirtió en una de las vías privilegiadas para la consideración de las experiencias sesentista y setentista, básicamente de la mano de las intervenciones de algunos de quienes sobrevivieron a la catástrofe. Sin embargo, cuando podría haberse esperado que la distancia y el dolor fueran el soporte de una reflexión crítica, la mayor parte de estas intervenciones constituyen recuperaciones acríticas que terminan configurando historias míticas, ceñidas a las figuraciones heroicas del militante. Uno de los problemas de esos enfoques es el haber quedado subordinados a la misma política que vertebró aquellas experiencias. Por otro lado, las intervenciones críticas se han concentrado mayoritariamente en un puñado de temas, como la cuestión de la violencia de la nueva izquierda, o las valoraciones de la democracia que sostenían los proyectos militantes de los años '60 y '70. Sin embargo, es en este escenario que en los últimos tiempos asistimos al surgimiento —todavía embrionario, es cierto— de exposiciones preocupadas por plantear las distintas dimensiones de la experiencia militante, interpretaciones inquietas por encontrar las claves de conjugación del rescate con la crítica.

Una de las características de las nuevas narraciones en relación a la militancia de aquellos años ha sido cierto predominio de las voces de los testigos por sobre el análisis de la documentación escrita, la cual, por otra parte, ha sido —sigue siendo— difícil de recupe-

rar. Es por ello que aquí reproducimos íntegramente un documento clave de la historia de una de las mayores organizaciones político-militares de los años '70. Se trata de "Moral y Proletarización", un artículo firmado por Julio Parra, seudónimo de Luis Ortolani, que se publicó por primera vez en la revista **La gaviota blindada**, publicación realizada por los presos perretistas en la cárcel de Rawson durante 1972; curiosamente, ni siquiera un fragmento de este documento se publicó en las últimas recopilaciones editadas. Las informaciones que tenemos refieren que el artículo se publicó en el n° 0 de dicha revista, entre las páginas 15 y 35 (las referencias bibliográficas de los otros textos que conforman este dossier remiten a dicha numeración).

Los motivos para publicar este documento fueron varios. En primer lugar, porque es un documento cuya importancia ha sido resaltada en infinidad de testimonios y que constituye una pieza distintiva de la programática política de las organizaciones armadas, en tanto se propone como instrumento para la constitución de los perfiles subjetivos del militante revolucionario. Una propuesta que se inscribe, entonces, en el ámbito de "aquellas pequeñas cosas" de la vida cotidiana. En segundo lugar, porque este texto se convirtió en una suerte de manual de iniciación para la militancia del PRT-ERP y en un código normativo con el cual medir —sancionar o premiar— los alejamientos o acercamientos de los militantes de carne y hueso respecto del militante ideal postulado. Y si bien el texto no nos dice tanto acerca cuán "respetada" era la norma, sí nos dice muchas cosas importantes acerca de su circulación como tal, como norma, entre los militantes, en función de determinados objetivos políticos.

Los artículos que acompañan la publicación de "Moral y Proletarización" —tanto el de Alejandra Oberti como el de Alejandra Ciriza y Eva Rodríguez Agüero— son intervenciones críticas que se adentran en el documento para analizar los presupuestos y las consecuencias de sus afirmaciones, esto es, que buscan indagar en la subjetividad militante que la organización se proponía constituir, para analizar las relaciones entre esa subjetividad del "militante revolucionario" con cuestiones claves, como las diferencias de género, las concepciones de la política y las ideas sobre la revolución, entre otras.

Alejandra Oberti es doctoranda de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y profesora en esa misma casa de estudios. Integra el Núcleo Memoria (IDES) y el Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (FFyL, UBA), y coordina el Grupo de Estudios Feministas del CeDInCI. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas y, en colaboración con Roberto Pittaluga, el libro **Qué memorias para qué políticas** (El Cielo por Asalto, en prensa).

Alejandra Ciriza es doctora en Filosofía, investigadora del CONICET, profesora de la UNCuyo y militante por los Derechos Humanos; ha publicado numerosos artículos de filosofía, feminismo y política en revistas especializadas. Actualmente integra el colectivo editor de **El Rodaballo** y se desempeña en la Unidad de Estudios de Género del CRICYT Mendoza/CONICET Argentina.

Eva Rodríguez Agüero es licenciada en Comunicación Social. Editora de **Páginas de Historia** (2002-2003), actualmente se desempeña como periodista del Suplemento Cultura del Diario **Los Andes**, e integra la Unidad de Estudios de Género del CRICYT Mendoza/CONICET Argentina.

A l e j a n d r a
O b e r t i

La moral según los revolucionarios

Mezcla de panfleto político exaltado y documento que busca orientar la acción de la militancia, "Moral y Proletarización" es un documento breve pero elocuente de las posiciones que tenía el PRT-ERP en los primeros '70 sobre la vida cotidiana y la moral revolucionaria. Publicado en la revista **La Gaviota Blindada**, que editaban los militantes del PRT detenidos en la cárcel de Rawson hacia 1972, el texto construye una doble destinación. Por un lado un destinatario positivo: los militantes de la organización, por otro una serie de antagonistas que, si bien están excluidos de los varios colectivos de identificación que se van a dibujar a lo largo de los distintos argumentos desplegados, son los que sostienen la dimensión polémica del texto. Además, también en el plano del enunciado, es posible apreciar que en el texto se entrecruzan componentes descriptivos, didácticos, prescriptivos y programáticos.¹

Una primera lectura nos podría llevar a creer que la centralidad otorgada a temas como la subjetividad, la familia, la crianza de los hijos y la situación de las mujeres hablan de una preocupación por temas vinculados a la vida cotidiana y a las relaciones humanas más personales (íntimas se podría decir) que entran en franca consonancia con la explosión de lo privado en lo público que caracterizó aquellos años. No obstante, una mirada más ajustada muestra por lo menos dos restricciones: por un lado, que el compromiso con las prácticas subjetivadoras no excede los planteos de la ortodoxia marxista; por otro, la perspectiva agregacionista con la que trata la específica dominación de género, así como sus expresiones en la vida cotidiana de los militantes, desactiva rápidamente cualquier ilusión de apertura. Finalmente, nos deja ante la incómoda sensación de estar frente a un texto fuera de época, digo fuera de *su* época, y no solamente de este presente.

Ciertamente los planteos desplegados son producto del vasto y profundo movimiento de activación política y social que caracterizaría los '70 y también de la ideología de las organizaciones político-militares. Pero no es en ese sentido que señalo que me parece un texto fuera de su época; espero, en las páginas que siguen, poder justificar esa apreciación.

La situación y la revolución: descripción y didáctica

Me detengo en los aspectos descriptivos y didácticos del

texto, que, para ser llevados adelante, requieren que el enunciador formule un balance de la situación a la vez que enuncie una serie de principios generales.

El balance parte de una constatación y sigue con la enumeración de las consecuencias de lo comprobado. De este modo, el problema identificado como central es que el individualismo burgués se ha hecho carne en el pueblo o, dicho de otro modo, la ideología burguesa ha logrado que el pueblo haga suyos los modos burgueses (capitalistas) de ver y vivir el mundo en todísimos los aspectos de la vida humana. Es así que las primeras páginas del texto están dedicadas a resaltar didácticamente que:

"si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud del aparato represivo, sino y *ante todo*, porque una parte considerable del pueblo continúa adherida a las concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continúa viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido".²

Los medios de comunicación, la crónica deportiva y el teletexto no son más que modos en que la ideología burguesa ha logrado imponer al conjunto de la sociedad modelos a ser imitados. Por lo tanto, al combate que deben establecer los revolucionarios contra el aparato represivo estatal, se le suma un frente de batalla ineludible: la conducta moral burguesa que está enraizada en cada sujeto. Y ésta "es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la *Guerra Revolucionaria*" (MyP: 15, resaltado mío). El poder político que quiere establecer el proletariado, conceptualizado en el documento en términos de dictadura de clase, no es viable sin previamente haber ganado a la mayoría del pueblo para sus ideas y programa político, pero también, y sobre todo, sin haber impuesto una *nueva moral*: "No podemos ni pensar en vencer en esta guerra si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre nuevo, del hombre capaz de *luchar y vencer* en esta guerra" (MyP: 16, resaltado mío). Los corazones y las mentes de las masas deben ser "conquistados", dicen más adelante, y esta batalla, que es ética, está en el centro de la lucha por la toma del poder.

En la guerra que deben llevar adelante las fuerzas revolucionarias, éstas se encuentran, entonces, con tres frentes de batalla.

1 Eliseo Verón, "La palabra adversativa", en A.A.V.V., **El discurso político. Lenguajes y acontecimientos**, Buenos Aires, Hachete, 1987.

2 "Moral y Proletarización", pág. 15, en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972; en adelante MyP. El resaltado es mío.

Deben luchar contra el aparato represivo del Estado burgués, por ganar al pueblo para su programa e ideas y por la difusión de la moral revolucionaria anti-individualista. Esta última es la tarea más ardua y a la vez la más indispensable. Pero, ¿cuál es esa nueva moral propuesta, esa moral revolucionaria? Ni más, ni menos que una “moral de combate”, etapa de paso a una futura moral socialista (MyP: 17).

Las descripciones dan un paso más y nos explican que, para combatir la moral burguesa, como también su esencia y núcleo duro, esto es, el individualismo, es necesario conocerlos. Sigue entonces el tono didáctico que procura dar a conocer a los lectores los modos en que dicho individualismo se expresa en cada aspecto de las relaciones sociales.

El individualismo es transmitido por los adultos “consciente o inconscientemente a sus hijos, que empiezan así a mamar individualismo con el primer trago de leche materna” (MyP: 18). De este modo, se arma una serie que va desde la competencia por los juguetes entre hermanos hasta la búsqueda de trabajo en la vida adulta y que constituye un camino ascendente de consolidación del individualismo propio de la sociedad capitalista, hecho carne en todos y cada uno de los individuos que la componen. Por lo tanto, para comenzar a construir la moral de transición hacia la moral revolucionaria es necesario “desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios” (MyP: 18).

El programa revolucionario y el lugar de la moral: prescripción y programática

Los elementos descriptivos mencionados componen, a lo largo del texto, una trama discursiva con otros de carácter abiertamente prescriptivos y programáticos. Es a partir de estos últimos que formulan, de manera general, los imperativos deónticos de la práctica política propuesta y se anuncian los compromisos adquiridos.

La prescripción está claramente señalada: combatir con todas las armas contra el individualismo burgués. ¿Cómo? En las prácticas. Son las prácticas sociales las que determinan al sujeto, “el que tiene práctica social de obrero tenderá a tener conciencia de obrero” (MyP: 19), ergo es necesario *proletarizarse*.

Esto es, el partido (la organización política de vanguardia de los trabajadores) que, siguiendo la lógica argumentativa del texto, ya existe y está conformado en otro lado, debe buscar llenar sus filas de obreros y para los que no lo son “la proletarización pasa ante todo por compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida y su trabajo” (MyP: 21).

Es decir, el presupuesto de que el partido es la vanguardia política del proletariado, pero que, a la vez, debe incorporar obreros (porque no los tiene) y debe promover que sus militantes se transformen en trabajadores (porque no lo son), se sostiene sólo si aceptamos una escisión entre la vanguardia política y aquellos a quienes debe dirigir. ¿Quiénes son esos dirigentes? ¿En función de qué virtudes la regla general no se

aplica a ellos? ¿Cuál es el lugar de la vanguardia? No es el caso de volver sobre viejas discusiones en torno al papel de la clase obrera en la revolución y su relación con la vanguardia, sólo me limito a destacar que el carácter de clase del partido aparece en “Moral y Proletarización” postulado en abstracto mientras que los sujetos empíricos, esos obreros reales y concretos a los que se refiere el texto, están en otro lado. No obstante lo cual, la cuestión no aparece problematizada, simplemente se la enuncia como uno más de los problemas derivados de la hegemonía burguesa. Razonamiento que, por otra parte, es circular, porque si los propios obreros están hegemonizados por las ideas de la burguesía ¿de dónde viene la ruptura? ¿Basta con señalar que las prácticas sociales de la clase obrera producirán la superación de esta paradoja?

Me detengo en esta insistencia en las prácticas. Dice Althusser que dice Pascal “arrodillaos, moved los labios en oración y creeréis”.³ Es así que los actos de los individuos, muchas veces cotidianos y monótonos, —actos que están insertos en prácticas reguladas por rituales incluidos a su vez en aparatos ideológicos— son lo que constituyen las ideas y no las ideas las que conforman prácticas, continúa Althusser.

Al leer “Moral y Proletarización”, la materialidad misma de la práctica política parece estar condicionada por esta insistencia en un “deber ser” de un modo y no de otro que finalmente determina ciertas características para el funcionamiento interno de la organización y para las relaciones entre los militantes.

Destinado a la militancia, sobre todo para aquellos militantes que estaban ingresando a la organización, “Moral y Proletarización” pretende jugar un papel clave en la construcción del “nuevo hombre” capaz de encarnar en sí el mito del militante ideal. De este modo, además de construir sus propios destinatarios (por un lado arma un colectivo de identificación con un nosotros inclusivo para toda la militancia y los dirigentes, y por otro, desdobra la destinación en la referencia permanente a un adversario político que se encuentra radicalmente excluido de cualquier colectivo de identificación posible —la burguesía, las fuerzas represivas) además de ese nivel de intervención, el documento despliega una serie de instrucciones destinadas a hacer—hacer. Dicho de otra forma, interpela a los lectores para que asuman las tareas necesarias para vencer el individualismo en las filas de la organización (del partido, del ejército) a través de la internalización de una serie de normas inflexibles, que producirían más o menos rápidamente las características personales correctas.

Volviendo, entonces, a la proletarización, es necesario señalar que se trata de una tarea compleja. Porque resultaba ya entonces evidente que no basta con ser obrero para, automáticamente, tener conciencia de obrero. Sin embargo, y a pesar de que el trabajo en la sociedad capitalista hace que el obrero esté tan sujeto al individualismo como cualquiera, hay algo en la mismísima forma de producción que le da la posibilidad de percibir rápidamente la contradicción entre el carácter social del trabajo y la propiedad privada de las mercancías.

“La práctica social establece una relación dialéctica entre el sujeto y su medio: en la medida en que el hombre va formando y transformando la realidad a

3 Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

través de su trabajo, de sus relaciones humanas, de cualquier actividad que ejerza, esa misma actividad y los condicionamientos que el medio le impone van formando y transformando el sujeto” (MyP: 19).

Por lo tanto, cuál de las dos tendencias triunfará es un problema que se resuelve en la lucha de clases. Las instrucciones que siguen a semejantes afirmaciones son claras: para los militantes que son obreros, seguir siéndolo y para los que no lo son, proletarizarse. De este modo, se harán acreedores de las auténticas virtudes proletarias, a saber: “humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo”.⁴

Los males del individualismo, sin embargo, no se detienen allí, las organizaciones revolucionarias tampoco están al margen de ellos, éste se plantea de muchas y variadas maneras: el subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo.

Pero entonces, si ni siquiera los revolucionarios están exentos de esta lacra, ¿cómo evitar que haga estragos en el seno mismo de las organizaciones revolucionarias? Una vez más la prescripción: la crítica y la autocrítica, son el método para corregir el individualismo.

Emergentes del amplio proceso de radicalización política y de ascenso de la legitimación de la violencia en las prácticas políticas propias de la década del '70, el PRT-ERP y, en general, las organizaciones de la izquierda armada dieron por sentada una relación fluida con el movimiento de masas. Sin embargo, tal relación, en la medida que lo procesos de militarización creciente los llevaron a una acelerada sectarización, invirtió su sentido.⁵ De tal forma, si la izquierda armada puede inicialmente pensarse como uno de los productos del clima de contestación sociopolítico, la aparente relevancia que adquieren a partir de 1972 y su significativo aislamiento final deberían echar luz sobre sus formas de organización y participación política tanto como sobre las subjetividades que encarnaban dichos proyectos. Uno de los argumentos que más se ha destacado es el vanguardismo y su correlativa sustitución del sujeto revolucionario por el partido; sin embargo, es preciso, al mismo tiempo, destacar —e indagar en—, la singularidad de esas experiencias (más allá del modelo de intervención política que formalmente proponían) como tejido de relaciones políticas y personales entre militantes. Para comprender ese proceso de sectarización de la izquierda armada de los '70 es entonces necesario integrar en el análisis las dimensiones internas de las organizaciones, donde se destacan ciertas características.

En primer lugar, un cierto imaginario institucional que Horacio Tarcus⁶ ha conceptualizado para las sectas políticas como la

pervivencia de una dimensión religiosa en la práctica política, que diera lugar a un complejo juego entre los requerimientos político-simbólicos de un determinado tipo de organización política sobre la que sus integrantes “profesan” un culto racionalizado en su necesidad histórica —en el sentido de imprescindible— y los perfiles modélicos del/de la militante. El mito del partido (de ese partido), se sostiene tanto en la “omnipotencia de la línea” como en la infalibilidad de los dirigentes, pero además se reproduce en un conjunto de prácticas rituales de iniciación como de permanencia y ascenso dentro de las estructuras de la organización, la cual se transforma, por un serie de deslizamientos imperceptibles, en un “mundo de vida”. Dichas prácticas rituales iban desde la prohibición de consumo de ciertos bienes culturales estigmatizados como “burgueses” hasta vestirse con uniformes al momento de las reuniones que lo ameritaban.⁷ Específicos ritos de iniciación —con categorías identitarias como simpatizante, militante, combatiente, etc.— construían estrictas delimitaciones entre el “adentro” y el “afuera”.

Estas normas de funcionamiento pivotaban sobre la figura de un militante idealizado —que en la práctica terminaba “encarnado” en el máximo dirigente— portador de atributos inalcanzables, lo cual generaba una estructura jerárquica a partir del mayor o menor acercamiento de cada militante al ideal propuesto; paralelamente esto permitía una discursividad dicotómica entre quienes portaban la “verdad” revolucionaria (elevando los discursos de la tradición elegida a la categoría de dogma) y los “desviacionistas” o directamente los “traidores”: la inflexibilidad de estas estructuras de sentido desembocó, en muchos casos, en trágicos desenlaces. Entre los atributos de esa imagen idealizada del combatiente o del guerrillero destacan la heroicidad, el sacrificio, la militancia como sacerdocio y el mesianismo, atributos claves en la construcción identitaria. De allí que la principal fuerza cohesiva de estas organizaciones no fuera una ideología sino la moral combatiente.⁸ Esta carga ética otorgaba al discurso político-ideológico una verdad moral a la que sería indigno sustraerse; el sujeto así interpelado era erigido en portador él mismo de la verdad y responsable de su defensa.

El des-ciframiento de la realidad como cumplimiento de la profecía, en tanto estas organizaciones supuestamente encarnaban la “marcha de la Historia”, también fue un aspecto clave en el aislamiento de la izquierda armada y en su empecinamiento en la continuación de una táctica que varios años antes de terminar en un trágico final, mostraba todos los signos de la derrota. En este sentido, varias de las organizaciones político-militares desplegaron concepciones de la revolución cuyos énfasis estaban puestos sobre todo en la actividad militar antes que en la praxis política: el resultado fue una creciente militarización de las organizaciones y un creciente deslizamiento de las subjetividades políticas hacia la construcción de “los combatientes”

4 MyP, pág. 20. La elevación de los valores mencionados a valores auténticamente proletarios parece en el texto casi una ironía, ya que se trata en todos los casos de valores burgueses y cristianos, aquellos mismos que Max Weber analizara en su estudio acerca de la relación entre la ética protestante y el espíritu del capitalismo. Cfr. Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Buenos Aires, Hypamérica, 1985.

5 Cfr. Roberto Pittaluga, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, n° 10, Buenos Aires, verano 2000.

6 Horacio Tarcus, “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, año V, n° 9, verano 1998/99.

7 Cfr. Luis Mattini, *Hombres y mujeres del PRT-ERP*, La Plata, La Campana, 1995.

8 Idem.

como soldados de un Ejército Regular.⁹ Ejército que, sin embargo, estaba integrado de manera aberrante por militantes, a veces casi adolescentes, con escasa o ninguna preparación militar y mujeres en muchos casos embarazadas o madres recientes. Y es hacia esas mujeres y esos jóvenes que se dirige la prescriptiva normativizadora.

El género que importa

En efecto, si bien como señalé al principio, el carácter normativo y moralizante del texto llama la atención sobre todo por que está escrito en plena revolución sexual, hay que reconocer que muestra una notable preocupación en pensar cómo los sujetos en cuestión están involucrados en la prácticas de las que son parte, así como también en temas no menores como la familia, la crianza de los hijos y el papel de la mujer en las luchas revolucionarias. La centralidad analítica acordada a estos problemas ideológicos (y no directamente económicos) denota un interés por incluir dichos temas en el análisis de la sociedad burguesa, de las tareas revolucionarias. Es decir, la posición de los sujetos que tienen la tarea de constituirse en revolucionarios y construir el partido que los exprese no es dejada de lado sino que es considerada pacientemente. Sin embargo, el agiornamiento exhibido se detiene allí, una vez considerados estos problemas son rápidamente integrados en un discurso conservador y prescriptivo que toma a mujeres y varones jóvenes como objetos de una pedagogía basada en las nociones generalmente aceptadas de masculinidad y femineidad.

Conscientes de que las prácticas producen sujetos, se sumergen sin dudar en una programática que de ser seguida al pie de la letra, producirá sujetos que marchan solos con la ideología que los interpela, esta vez la ideología de las organizaciones político-militares. Desanudados los secretos del capitalismo a través de la denuncia del secreto de la mercancía, del carácter particular de la mercancía fuerza de trabajo y también de las relaciones complejas del individualismo con los sujetos constituidos en la sociedad burguesa, pareciera ser que no queda nada por develar. Las relaciones pasan a ser transparentes, podemos ver a través de ellas a la familia burguesa con sus papeles diferenciados por sexo y con sus mujeres doblemente explotadas en el caso de ser obreras. ¿Será posible, sin embargo, que quede otro secreto por desenmascarar y que esa incógnita se revele incómodamente en cada intento de prescribir el programa de la revolución?

La época en que el texto fue escrito es un tiempo escandaloso en lo que hace a los temas en cuestión. Revolución sexual, feminismos, liberación de la mujer son algunos de los alborotos que circulan impunemente por el mundo y también por la Argentina.

Creo entonces, que el tono puritano de “Moral y Proletarización” corresponde más que a un clima generalizado de época a una decisión de meter bajo la alfombra ese otro secreto que

las feministas (aunque no sólo) empezaban entonces a desenmascarar y es que existen otras formas de opresión que no pueden ser subsumidas en la dominación de clase. Dicho de otro modo, la percepción de que el porvenir traía inexorablemente la revolución —visión que se conjugaba con la exigencia de construir subjetividades a la altura de las circunstancias— implicaba el reconocimiento de que era necesario interpelar a los sujetos que iban a llevar adelante las tareas revolucionarias —las cuales comprometían incluso la vida— de tal modo que esa interpelación fuera eficaz. El énfasis puesto en el individualismo se relaciona ciertamente con dichos presupuestos y con la consecuente necesidad de reforzar la vigilancia de sí que todos los militantes debían realizar con el objeto de transformarse en el militante ideal. Sin embargo la deconstrucción se detiene allí, las derivas posibles de sus propios planteos no son asumidas. ¿Dónde irían a parar si siguieran por la senda abierta? ¿Qué sucedería si reconocieran que su propia mirada se posó por un instante en una problemática que no se deja disciplinar fácilmente en la ideología clasista?

Lo que hubieran visto, de sostener una interrogación crítica en torno a estos temas, es que la estructura que modela a los sujetos en las sociedades contemporáneas es más compleja que la de clase, que otras dimensiones determinan los sujetos y que la subjetividad revolucionaria debería dejar espacio, antes que ponerle límites, al deseo. En la búsqueda de una explicación acerca de las relaciones sociales entre los géneros, las feministas situaban justamente los tópicos que se relacionan con la vida cotidiana, con el mundo privado y con la misma noción de distinción entre el espacio público y privado en el centro de la indagación. El trabajo doméstico y la sexualidad se fueron convirtiendo en teóricamente significantes y su estatuto muestra una complejidad social en la cual los sujetos ya no pueden pensarse determinados exclusivamente por la clase social y la lucha de clases. Si embargo, la izquierda armada de los '70 elige correr rápidamente la vista, desviarla hacia un lugar, tal vez, menos peligroso.

La familia

La caracterización de la situación como de guerra revolucionaria y las exigencias de que esa guerra comprometiera plenamente a los sujetos involucrados marcó una particular manera de concebir a las relaciones familiares, las relaciones sexuales y a la continuidad generacional.

Si, en la primera parte del texto, la moral aparecía calificada de burguesa o revolucionaria y definida en su relación con el individualismo burgués o con lo que se erigía como su opuesto, el sujeto proletario, en la segunda parte, sus vínculos son con la familia, la sexualidad, la pareja, la revolución.

El punto de partida explícito para esta parte es **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado** de Engels¹⁰; el implícito parece ser análogo a la crítica desesperada que Lenin le hacía a

9 Tanto Montoneros como el PRT-ERP, las más importantes organizaciones armadas de la época, explícitamente pretendieron constituirse como ejércitos regulares en un movimiento mimético de carácter simétrico y especular al de sus enemigos, las FFAA. Para las concepciones de la revolución en el PRT-ERP puede verse Roberto Pittaluga, “Nociones de la revolución en el PRT-ERP”, ponencia en las VIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Salta, 19 al 22 de setiembre de 2001.

10 Federico Engels, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, San Sebastián, Equipo, 1968.



García Lorca, 1936

la “teoría del vaso de agua” de Ines Armand.¹¹

Siguiendo a Engels, defienden y rescatan la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a otras, y es ese tipo de familia el que deben construir los revolucionarios “como forma propia de transición en el seno y en contraposición a la sociedad burguesa” (MyP: 28). A su vez, la revolución sexual es calificada de falsa revolución, el amor libre de nueva forma de esclavitud para las mujeres, la libertad sexual de cosificación de las relaciones entre los sexos, y así sucesivamente.

Con relación a la maternidad: no sólo es vista como un destino natural, sino que además es una limitación. Limitación que por un lado las mujeres deben aceptar resignadamente y por otro, los varones “comprender” paternalistamente y no me refiero a su rol de padres con relación a los hijos/as sino que lo que se les prescribe es que sean comprensivos de la situación en general. Contrapuesto a esto se puede leer que la crianza de las/os hijas/os es tarea de todos, es una tarea militante más que se debe cumplir en el mismo sentido de cualquier otra obligación revolucionaria, porque “*la familia es una célula político familiar*” y la pareja una “*actividad político revolucionaria*”.

Fuera de las limitaciones propias de la maternidad, la igualdad. Las mujeres son consideradas iguales y acto seguido borradas en su condición de mujer, para pasar a hablar de la “mujer obrera”, doblemente explotada.

La rearticulación del sintagma mujer-familia es notable a lo largo de todo el texto, sin embargo es en torno a su definición como célula político familiar, donde se hace más evidente. Rápidamente pareja y familia se transforman en un solo e idéntico cuerpo, sin que medie transición alguna. Esencias masculinas y femeninas se despliegan sin pudor en defensa de “la pareja monogámica”, pareja formada siempre por “un hombre y una mujer”, es decir, además de monogámica, heterosexual. Esta condensación de dos elementos —pareja y familia— que a nivel semántico no están de ningún modo superpuestos sirve a nivel argumentativo para reencausar la sexualidad en la familia. Y esto se relaciona directamente con otro punto de condensación: “la revolución sexual”, definida en términos de falsa revolución que la moral burguesa se inventa volviendo del revés los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor.

Al amor libre, tópico central de la revolución sexual, lo describen a partir de una doble reducción: por un lado despoja al amor de su carácter integral para cosificarlo en un solo aspecto, el sexo; luego reduce el sexo a lo animal. En conse-

cuencia, para construir una nueva moral sexual y familiar, los revolucionarios deben construir parejas que tengan como eje la actividad revolucionaria.

Lo cierto es que estos desplazamientos, reducciones y superposiciones a la hora de describir y prescribir las relaciones entre los individuos no hacen otra cosa que contradecir lo que renglones más arriba está puesto en términos de declaración de principios: la idea de que la familia y la moral revolucionarias no tienen nada que ver con las burguesas.

Las funciones de la familia en la sociedad capitalista, en tanto ésta es la unidad primaria de socialización, el lugar donde se reproducen las relaciones de autoridad entre padres hijos, locus privilegiado de la represión sexual y del aislamiento de las mujeres, la definen como un lugar relevante en la reproducción del orden social. En efecto, sería difícil pensar la reproducción del modo de producción capitalista si este no contara con un aparato ideológico de Estado ¹² poderoso y eficiente como es la familia. “Moral y Proletarización” parte de esa constatación, sin embargo proponen una definición de familia entendida también como aparato ideológico, que es a su vez reproducción de un orden otro que tiene ahora como base una familia definida como *célula político familiar*:

“la pareja revolucionaria no debe constituir una unidad cerrada que empieza y termina en la misma, sino como decimos más arriba, integrarse en sus relaciones al conjunto de la organización, con la clase obrera y el pueblo y el conjunto del proceso revolucionario. [...] El grupo familiar constituye la célula básica no sólo de la actividad político militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista” (MyP: 29-30).

Este montaje de la familia revolucionaria en espejo de la burguesa recuerda otra construcción especular: la construcción del ejército y las concepciones de la revolución que se derivan de ahí, unas concepciones centradas más en la actividad militar que en la praxis política y cuyo resultado fue una creciente militarización de las organizaciones y un creciente deslizamiento de las subjetividades políticas hacia la transformación de militantes en combatientes, soldados de un Ejército Regular.

Instituciones marcadamente autoritarias como la familia y el ejército son criticadas pero, a la vez, mantenidas. Esto evidencia una falta de perspectiva de lo que sería el ordenamiento social propuesto; falta que se manifiesta, de manera tal vez imperceptible para sus protagonistas, en el mantenimiento de modelos de autoridad y subordinación.

11 Es notable la preocupación de Lenin por temas como el amor libre y por la situación de las mujeres y de los jóvenes en las luchas revolucionarias. Estas cuestiones aparecen recurrentemente en sus diálogos con Clara Zetkin y con Inés Armand, quien señalaba, para desesperación del líder bolchevique, que en el socialismo la satisfacción de los deseos sería tan simple como beber un vaso de agua. Lo cual motivó el siguiente comentario de Lenin: “Sin duda conocéis la teoría según la cual en la sociedad comunista la satisfacción de los propios instintos sexuales y el mismo impulso amoroso son tan simples y tan insignificantes como beber un vaso de agua... Pero un hombre normal, en condiciones igualmente normales, ¿se echará por los suelos en la carretera para beber de un charco de agua sucia? ¿O beberá en un vaso cuyos bordes llevan las marcas de decenas de labios ajenos?... Esta teoría del «vaso de agua» ha enloquecido a nuestra juventud, la ha enloquecido de verdad”; Lenin a Clara Zetkin, en “Conversaciones con Lenin”, incluidas en AAVV, *El amor y el matrimonio en la sociedad burguesa*, Buenos Aires, Convergencia, 1975, pp. 87-105. Para las opiniones de Lenin sobre el amor libre y la sexualidad, cfr. sus dos cartas desde su exilio en Berna a la militante bolchevique Inés Armand en enero de 1915, donde discute su “reivindicación del amor libre” como “burguesa”, en V. Lenin, *Obras Completas*, Tomo XXXV: *Correspondencia*, Buenos Aires, Cartago, 1960, pp. 179-184.

12 Althusser, op. cit.

Los cuerpos que importan

Extraer de los cuerpos todo lo que estos puedan dar; ésa parece ser la consigna obligada para aquellos varones y mujeres que estuvieran dispuestos a entregar su vida por la causa revolucionaria. Lo extremo de la exigencia tiene, sin embargo, diferencias, se trate de cuerpos femeninos o masculinos, y “Moral y Proletarización” no es ajeno, como documento, a esta disparidad. Ciertamente, en el marco de la lucha revolucionaria, ser un buen padre o una buena madre era indicado como una tarea revolucionaria más, que debía ser llevada a cabo sin descuidar todas las otras, pero la maternidad es una práctica social que presenta una indiscutible marca de género: sólo las mujeres pueden parir, por lo tanto para ellas hay una parte de la tarea que es indelegable.

No se trata de una oposición banal o simplificadora respecto de una posición masculina o femenina, ni de responder a un supuesto patrón de género, pero de hecho, el dilema entre cuerpo e identidad, abierto de algún modo para las mujeres que optaban por las armas, está muy presente en los testimonios actuales de mujeres militantes.¹³ Mujeres embarazadas, madres recientes, madres de niños pequeños participaron activamente no sólo de tareas militantes que eran peligrosas considerando la situación represiva de la época, como podría ser realizar pintadas o asistir a reuniones clandestinas, sino también de acciones armadas. Es así que la ausencia, y hasta el riesgo de vida, eran considerados como un sacrificio en aras también de esos hijos.

El documento avanza todavía un paso más en la prescriptiva al sostener que la promesa de la sociedad futura vale que se corran todos los peligros, compensa todos los sacrificios:

“Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado, que hemos visto en algunos afiches y revistas, es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. Los vietnamitas brindan a los hijos toda clase de atenciones especiales, pero cuando a veces ellos deben compartir los riesgos de la guerra, sus padres no vacilan en que así sea. Para que esta actitud revolucionaria frente a los hijos sea posible, es necesario que se integren al concepto de pareja y al concepto de unidad familiar que hemos señalado” (MyP: 32).

La estetización de la violencia presente en la descripción de la madre vietnamita y una noción de sacrificio fuertemente instalada se conjugan para indicar modos de subjetivación donde el compromiso con la revolución excede, aparece como un exceso, en relación a cualquier idea de cuidado de sí. El borramiento de sí en el colectivo, y la supervivencia en el colectivo, en el caso de que sobrevenga la muerte, aparecen

como un mandato, el único posible si quiere ser fiel al ideario revolucionario.

Un poco más adelante, extremando la sofisticación psicológica, “Moral y Proletarización” señala: “lo que los niños necesitan no es tanto ‘su’ padre y ‘su’ madre, sino la imagen del padre y la madre. Es decir [...] afecto, protección...” (MyP: 32). Las imágenes parentales intercambiables son esgrimidas como un arma poderosa contra el individualismo. Argumento que viene a reforzar la idea de que es el mal burgués del individualismo la fuente de las exigencias sociales que trae la maternidad y la paternidad.

Muchas mujeres militaron activamente en el PRT-ERP y en otras organizaciones político-militares. Con su compromiso militante ellas suponían que contestaban los patrones tradicionales de género, casi por el simple hecho de ser mujeres que ponían el cuerpo en ese lugar, el resto vendría después. El modelo de militante que predominaba en la década del '70 era un modelo de militante “ideal”, con un profundo espíritu de sacrificio, una única versión disponible para varones y mujeres, que igualaba a las militantes con los soldados, borrando cualquier presencia de la diferencia sexual. Creo, sin embargo que esa imagen de militante neutro, y por lo tanto masculino, contribuyó a la reproducción de la desigualdad sexista.

Las militantes que hablan hoy de su experiencia en los '70 evalúan su intervención en la vida pública de aquella época enmarcada en un conjunto de acciones inspiradas por un proyecto político colectivo que les otorgaba legitimidad en tanto implicaba, en las certezas de la época, un cambio social hacia una sociedad transformada. Pero ¿transformada en qué? La idea de revolución y de un orden societal futuro aparece en los testimonios actuales profundamente transfigurada por la propia trayectoria de vida de las militantes; itinerario marcado por la derrota de las expectativas pasadas y por la incorporación de otras perspectivas. Pero eso no debiera obturar la posibilidad de analizar críticamente las definiciones políticas de la izquierda armada de entonces.

La selección, el recorte que presenté no tiene, de ningún modo, la intención de armar, a partir de un elemento excluido, por caso el género, un contrarrelato que lo incluya, esta vez en un lugar, si no central, por lo menos considerado. Quisiera, por el contrario, producir una nueva lectura que permita señalar críticamente las posiciones políticas y las acciones de aquella militancia, así como también las consecuencias de ellas derivadas. Mi intención es, entonces, releer un texto como “Moral y Proletarización”, no con el propósito de señalar carencias o lecturas erradas, sino para producir fisuras en las interpretaciones establecidas, de tal modo de realizar otra aproximación al tema de la militancia. A este respecto, la lectura desde el género hace visibles los vínculos que estos discursos retienen con algunas zonas del poder.

Es desde esa perspectiva que puedo señalar que encuentro que los discursos del PRT-ERP eran ciegos y prisioneros de su propia complicidad con la ideología de género que opera por medio de su compromiso con la subjetividad. Negar la diferencia sexual es ante todo negar las relaciones sociales de

13 Cfr. Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar, **Es inferno**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001. Martín Caparrós y Eduardo Anguita, **La voluntad**, Buenos Aires, Norma, 1997. Noemí Ciollaro, **Pájaros sin luz**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1999. Marta Diana, **Mujeres guerrilleras**, Buenos Aires, Editorial Planeta, 1996.

género que constituyen y legitiman la opresión sexual de las mujeres y además negar el género es permanecer en la ideología, una ideología que en forma manifiesta está al autoservicio de sujetos generizados masculinos.

Quisiera, por último señalar que la inflexión que se produce desde otras perspectivas, para el caso la de género, así como la incorporación de nuevas voces, no implican por sí solas un saber más crítico. Será siempre la lectura realizada, la interpretación, la intervención sobre la narración de la experiencia la que rearme los diferentes fragmentos en *otra narración*. Tal vez el mayor desafío teórico-metodológico esté en lograr que esa nueva narración sea polifónica y que sea consciente de su propia dimensión narrativa; tal vez las diversas teorías feministas —que, con todo y sus limitaciones, advirtieron desde sus primeros pasos acerca del carácter parcial y contingente de los universales— puedan aportar algo en la construcción de un nuevo pasado; tal vez el problema sea ahora cómo (re)escribir, cómo transcribir, cómo trabajar esa pluralidad de voces

Bibliografía

- Actis, Aldini, Gardella, Lewin, Tokar, **Ese Infierno**, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.
- Althusser, Louis, **Ideología y aparatos ideológicos de Estado**, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín, **La Voluntad**, Buenos Aires, Norma, 1997.
- Ciollaro, Noemí, **Pájaros sin luz**, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- Diana, Marta, **Mujeres Guerrilleras**, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- Engels, Federico, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado**, San Sebastián, Equipo, 1968.
- Lonzi, Carla, **Escupamos sobre Hegel**, Buenos Aires, La Pléyade, 1978, pág. 37)
- Mattini, Luis, **Hombres y mujeres del PRT-ERP**, La Plata, La Campana, 1995.
- Pittaluga, Roberto, “La historiografía sobre el PRT-ERP”, en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, n° 10, Buenos Aires, verano 2000.
- Pittaluga, Roberto, “Nociones de la revolución en el PRT-ERP”, ponencia en las **VIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia**, Universidad Nacional de Salta, 19 al 22 de setiembre de 2001.
- Tarcus, Horacio, “La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad”, en **El Rodaballo. Revista de política y cultura**, año V, n° 9, verano 1998/99.
- Verón, Eliseo, “La palabra adversativa”, en A.A.V.V., **El discurso político. Lenguajes y acontecimientos**, Buenos Aires, Hachete, 1987.
- Weber, Max, **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, Buenos Aires, Hypamérica, 1985.

Fuentes

- [Julio Parra], “Moral y Proletarización”, en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972.

A l e j a n d r a
C i r i z a
E v a
R o d r í g u e z
A g ü e r o

Militancia, política y subjetividad

La moral del PRT- ERP

“No se rememora por razones arqueológicas,
sino (personales y) políticas”.

En rememoración de mi amiga y compañera
de militancia María del Carmen Vanella, y su
hermana Adriana, detenidas-desaparecidas
en Córdoba, el 20 de abril de 1976.

Alejandra C.

1. Políticas de la memoria: la relación entre pasado y presente

“Bajo el concepto de rememoración se puede formular esta misma exigencia desde otro punto de vista: no reproducción, sino actualización del espacio o del tiempo en el que la cosa funciona”
W. Benjamin (1996: 140)

La idea benjaminiana de la relación entre pasado y presente es de alguna manera el signo inevitable bajo el cual este breve trabajo ha sido escrito (Benjamin; 1982; 1996). La pregunta por la vida cotidiana y el sentido de la moral que guiara la práctica política de toda una generación, mayoritariamente nacida entre los años '40 y '50, y la decisión de ceñirnos al caso del PRT-ERP, una de las organizaciones político militares que, nacida en los años '60, protagonizó muchos episodios significativos de la historia política reciente de la Argentina, tiene sentido sólo si podemos realizar una doble operación: situarla en ese punto del pasado político e interrogar acerca de su sentido hoy.¹

No todo pasado puede advenir y producir en el presente efecto de sentido. Qué sentido tiene entonces preguntar por una organización político-militar de los años '70, indagar acerca de sus formas de articular política, ética y subjetividad en una coyuntura muy diferente, de la cual en todo caso lo que se

puede decir es que nos hallamos ante un futuro incierto. Incertidumbre respecto del futuro percibido como amenaza, de la relación con la naturaleza, cuyos límites aparecen bajo la forma de crisis ecológica, desertificación o agotamiento de recursos naturales, incerteza respecto de las posibilidades de supervivencia de la humanidad misma, en un continente en el cual las desigualdades se han profundizado y el hambre y la desocupación causan estragos inenarrables. Si algo caracterizó, en cambio, la militancia de los años '70 fue la certeza, a menudo arrasadora, de que el futuro advendría y sería, seguramente, mejor.

De modo que una primera mirada hacia el conocido código moral del PRT-ERP, “Moral y Proletarización” devuelve una imagen casi detenida en el espejo de un pasado remoto cuyo sentido es difícil de descifrar.² Las ideas de ascetismo extremo, de una moral con contenido material y una idea del bien nítida, clara y distinta, de un bien sin mezcla alguna de mal, asoma en las páginas del texto como un relicto del pasado. Arcaico, diría Williams, de un arcaísmo irredimible para esta edad, se dice, sin certezas (Williams, 1980).

Sin embargo algo interpela desde el “Moral” como documento que pretendía regular la vida cotidiana de los y las militantes que pertenecían a una organización armada en el fragor de la coyuntura en la que, por continuar la inspiración benjaminiana, relampagueaba ese instante en el cual, bajo el cielo libre de la historia, los y las condenados y condenadas de la tierra deseaban, soñaban, actuaban, tomar el cielo por asalto.

1 El PRT nació en 1965, como producto de la articulación de dos fuerzas previamente existentes, el FRIP (Frente Revolucionario Indoamericano Popular) y Palabra Obrera que venían de compartir una experiencia ligada a la lucha de los gremios de trabajadores de la industria del azúcar (FOTIA), en la provincia de Tucumán. En ese contexto existían ya fuertes polémicas en torno de la cuestión de la lucha armada protagonizadas por Bengoechea y Moreno.

2 [Julio Parra], “Moral y Proletarización”, en *La Gaviota Blindada*, nº 0, c. julio 1972; en adelante citado como “Moral”.

La vida entera por la revolución. Anclajes en el contexto: un diagnóstico que justificaba la ética de la renuncia

“...la imagen del pasado corre el riesgo de desvanecerse para cada presente que no se reconozca en ella”.

W. Benjamin (1982: 107)

Uno de los puntos que mayor distancia plantea es la diferencia entre los tiempos que corren y aquella época en la cual se contaba de alguna manera con la certeza y el diagnóstico compartido por la mayor parte de las organizaciones tanto políticas como político-militares (en el entonces amplio espectro de la izquierda) de que el derrumbe del imperialismo se aproximaba y que los países latinoamericanos y del tercer mundo ocupaban un no pequeño lugar como sepultureros del antiguo orden.³

Es de alguna manera redundante recordar el clima internacional, pero tal vez valga la pena, puesto que pocas eran las razones para dudar de un futuro que se acercaba con pies de palomas, a la sombra poderosa de la Revolución Cubana y del Che, en andas de una revolución en la que los vietnamitas, pequeños e invencibles, derrotaban al imperialismo yanqui, a la luz de la larga revolución china, que anunciaba, vía la revolución cultural, un futuro venturoso de reunificación de trabajo manual e intelectual, de advenimiento del hombre nuevo. Nada de extraño tiene entonces que el llamado factor subjetivo ocupara un espacio privilegiado en los debates políticos, aún cuando sea complejo determinar en qué sentido se interpretaba la constitución del sujeto político de la revolución, qué formas de subjetivación del horizonte objetivo podían percibirse, qué márgenes era posible advertir, qué desajustes tolerar entre los deseos y avatares de la subjetividad individual y las urgencias de los procesos revolucionarios entonces en curso, cuáles los umbrales de tolerancia a la disidencia en un tiempo de certezas, cuáles los espacios de no subordinación de la densidad subjetiva a la inapelable y homogeneizadora necesidad de los procesos históricos.

- 3 “El imperialismo se encuentra en la crisis final e irreversible de su dominio” (Moral:16), decía el texto. Es importante recordar que, a partir del año '69 una serie de acontecimientos conmoveron la Argentina: desde el Cordobazo en adelante un proceso de politización y movilización callejera había generado un estado de creciente confianza en las posibilidades de edificar una sociedad diferente. Córdoba, Rosario, Mendoza incluso serían el escenario de enfrentamientos callejeros entre las fuerzas de seguridad y el proletariado urbano organizado, los grupos estudiantiles y las organizaciones de izquierda que salían a la calle a enfrentar a la dictadura. El 29 de mayo de 1969, el Cordobazo, con una ciudad marcada por fogatas y barricadas, anunciaba el final de la dictadura de Onganía y el nacimiento de una consigna que haría época: “Obreros y estudiantes, unidos adelante” (Anguita y Caparrós, Vol 1: 287).
- 4 Es interesante revisar bajo esa luz el texto de Pedro Cazes Camarero, quien hacia finales de los '80 evaluaba la experiencia de los '70 señalando el autoritarismo de las organizaciones político-militares y los efectos letales que, sobre la forma de concebir la política, tuvo la opción por la lucha armada, así como la poderosa personalidad de Santucho (Cazes Camarero, 1989)
- 5 Es conveniente observar que, a diferencia de otras formas de resistencia internacional y de las formas organizativas de las viejas Internacionales, los Foros implican a la vez un evento en el que se escenifica el avance de la conciencia de solidaridad y protección de la diversidad como capital político de la democracia y también las formas variadas de resistencia ante los efectos de las políticas económicas. Variaciones amplias, que incluyen a quienes abogan por un capitalismo más humano y a quienes desean transformarlo radicalmente, que abarca no sólo a los y las verdes preocupad@s por la suerte del planeta, sino también a las feministas y a l@s activistas por la diversidad sexual, una multitud heteróclita y diversa, difícil, muy difícil de encuadrar en función de criterios clásicos.
- 6 Los sujetos no son, desde la perspectiva que en este texto se intenta sostener, sólo el efecto evanescente de interpelaciones discursivas, sino que se hallan sujetos al orden de lo real, la real materialidad ineludible de la corporalidad humana sexuada, la real imposibilidad de vivir sin satisfacer necesidades básicas de subsistencia, de comer y dormir, la imposibilidad de elevarse por encima de la caducidad del cuerpo y de la acechanza de la certidumbre (la única, sin dudas) de la muerte (Ciriza 2004). La insistencia en la densidad de lo real, en la inercia de la experiencia, en las continuidades que nos sujetan al pasado, al oscuro ciclo de repetición del inconsciente, al modo como las generaciones muertas pesan como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos, constituye sin lugar a dudas un supuesto fuerte en la elaboración de este trabajo (Zizek, 1992; Butler, Laclau, Zizek, 2003). La reproducción de la vida humana, lenta y morosa, incluye la transmisión de tradiciones culturales y políticas, aun a través de los nombres que rememoran los nombres de los y las ausentes, de los relatos, de los rituales repetidos a través de los cuales invocamos sus memorias.

Durante más de dos décadas el horizonte de interrogación, tras las dictaduras del Cono sur y la imposición sistemática del modelo neoliberal, tras el derrumbe del muro bajo cuyos escombros sólo asomaban los renovados brotes del consumismo capitalista y un horizonte poblado de deseos de mercancías, tras la barbarie menemista, se había limitado al intento de resituar los deseos de transformación en un horizonte en el cual la cuestión de la democracia ocupó un espacio en otro tiempo inusitado.⁴ Algo sin embargo se ha transformado a partir de la inauguración de escenarios de resistencia global. La proclama zapatista rasgó la serenidad del horizonte neoliberal, y algunos episodios internacionales como la batalla de Seattle, y los acontecimientos de Génova mostraron la posibilidad de resistencia ante las pretensiones de los poderosos de la tierra, la organización de los Foros Sociales Mundiales en Porto Alegre proporcionaron además un escenario de despliegue y reflexión para una mirada diferente.⁵ Un cambio parece anunciarse tras el ciclo político profundamente regresivo que el mundo vivió desde la década de los '70 y la caída de la URSS.

La imposibilidad de reproducción de la vida humana bajo el capitalismo, las dificultades para articular respuestas políticas adecuadas hace necesaria una indagación en torno del asunto de las relaciones entre política y subjetividad, incluida una cuidadosa revisión de ese pasado del que algunos y algunas (hay en esto, sin dudas, más sujetos involucrados que aquellos que militamos en aquel tiempo) aún conservamos las marcas.⁶

2. Vida cotidiana y moral revolucionaria: una ética de la excepcionalidad

En un contexto de certeza respecto del porvenir, la revolución anunciada exigía la construcción de subjetividades capaces de enfrentar una coyuntura marcada por la militarización.

Las condiciones de excepcionalidad y guerra, y las necesidades de templar el ánimo para la acción heroica son sin lugar a dudas dos marcas relevantes a tener en cuenta.

Vale la pena señalar que a pocas líneas de iniciada la lectura (una

lectura por otra parte considerada como condición *sine que non* para el ingreso a la categoría de militante) el “Moral” señalaba:

“... esos hombreritos amarillos de pijamas negro se han convertido en la máquina de guerra más formidable que ha conocido la historia, porque han sabido conquistar las mentes y los corazones de su pueblo... porque han prestado particular atención a la formación política y moral de sus cuadros, de sus combatientes y de todo el pueblo” (Moral: 16).

La paradoja se hallaba sin dudas allí: se apostaba a la construcción de un sujeto revolucionario en la vida cotidiana, sin embargo esa vida cotidiana estaba marcada por la excepcionalidad del tiempo ahí, el tiempo frágil y urgente de construcción de la revolución. Un tiempo exento de dudas, como decía una canción de la época: “No podemos ser amigos del mal, al mal hay que dar maldad”.

Esa urgente impaciencia por la realización de la revolución es sin dudas un horizonte que es preciso tener en cuenta a la hora de releer el “Moral”, un catálogo de virtudes revolucionarias de un ascetismo escalofriante para quienes, situados en otra coyuntura, pueden advertir sus muchas limitaciones tanto en lo que a las relaciones interpersonales como a la sexualidad se refiere.

2.1. Heroísmo revolucionario: desalojar la fragilidad

Pensado como herramienta para la construcción del partido revolucionario el “Moral” está orientado a transformar a los sujetos interpelándolos en cuanto revolucionarios y militantes, de allí la minuciosidad con la que se establece la distinción entre moral burguesa y moral proletaria a la vez que se proporcionan las herramientas intelectuales para comprender las bases objetivas de la moral burguesa: no se trata sólo de una diferencia personal, no se trata sólo del deseo bienintencionado de hacer la revolución.

Nuestra conducta moral tiene profundas bases objetivas. El individualismo no es otra cosa que el efecto encarnado, en la propia subjetividad, de las relaciones sociales promovidas por el capitalismo. Una sociedad que considera a los seres humanos como predicados y los vincula sólo a partir del intercambio y el consumo de mercancías produce como efecto necesario el individualismo y la competencia salvaje de todos contra todos.

Lo objetivo, esto es, la estructura social se halla subjetivada:

“El individualismo no opera solamente en el nivel de los pensamientos conscientes, de las opiniones o ideas corrientes sobre las cosas, sino también en el nivel de las emociones, los sentimientos y los reflejos condicionados... (es) una verdadera avanzada de las fuerzas enemigas, que opera en nuestras propias mentes y en nuestros propios corazones” (Moral: 18-19).

De allí la importancia de producir modificaciones desde la práctica misma: la proletarianización distaba de ser una consigna ingenuamente obrerista: se trataba de “compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida, y su trabajo” (Mo-

ral: 21). He aquí la tensión en su máxima expresión: una organización que insistía de una manera recurrente sobre la subjetividad revolucionaria parecía no dejar espacio en la subjetividad para ninguna otra dimensión que la internalización de la estructura objetiva. Expresión tal vez de aquello de que si el mundo se ve invertido es porque lo está, el “Moral” constituía la cristalización normativa de aquellos conceptos que, al ponerle límites a las posibilidades de deslizamiento y sustitución de las representaciones simbólicas, permiten interpretar los significados de éstos y determinan los modelos a seguir.⁷

Si el individualismo constituía una amenaza real, y si el “Moral” se ocupa de la descripción minuciosa de las posibles encarnaciones de las relaciones de producción capitalistas es porque ellas penetran al partido: las facetas del individualismo, como “las generaciones muertas pesan como una pesadilla sobre el cerebro de los vivos”: el subjetivismo; es decir, la inevitable tendencia a confundir nuestros deseos con la realidad; la autosuficiencia, que nos conduce a menudo a la irreflexiva desconsideración de las opiniones ajenas; la búsqueda de prestigio; el espíritu de camarilla; el liberalismo, el temor por sí mismo, no son eliminables por la simple incorporación al partido, constituyen un ejército de amenazantes fantasmas que sitian la subjetividad revolucionaria acechando la oportunidad para entrapar en sus redes a los y las militantes (Moral: 22-26).

Una ascética vigilancia de sí, puesta en práctica a través de la internalización de las virtudes de la clase y de las reuniones de crítica y autocrítica constituían un arma poderosa que era preciso ejercitar. Modificar las prácticas constituye la clave, de allí la noción de proletarianización, pues las virtudes revolucionarias: paciencia, espíritu de sacrificio, humildad, sencillez, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo, lejos de ser rasgos individuales o características subjetivas, son características objetivas, producto de la internalización de la situación de clase (Moral: 26 y ss.).

Sólo la proletarianización, el llevar una vida acorde con la de las masas, organizando la vida cotidiana en el justo reparto de las tareas y en el escrupuloso cumplimiento de las responsabilidades asignadas, garantizaría la posibilidad de transformación subjetiva para cada revolucionario/a.

Si para la conducción del PRT-ERP la construcción de una “nueva moral” —capaz de reemplazar a la “moral burguesa”— era una herramienta tan imprescindible para la victoria revolucionaria, tanto como la lucha ideológica, económica y político-militar, la nueva moral está cruzada de una inevitable tensión: práctica de borde desde la cual ha de superarse el límite de la moral burguesa, construcción de una nueva subjetividad edificada sobre los antiguos cimientos del individuo burgués, paciente construcción cotidiana bajo las excepcionales condiciones de la práctica de la guerra: “así como la sociedad socialista sólo puede aparecer como superación dialéctica de la sociedad capitalista, la moral socialista y su embrión, la moral revolucionaria, sólo puede aparecer como superación dialéctica de la moral burguesa” (Moral: 16-17).

¿Cuáles son, pues, esos puntos de tensión?

7 Eva Rodríguez Agüero retoma de Joan Scott cuatro dimensiones de la categoría de género a fin de analizar las relaciones sociales basadas en las diferencias que se perciben entre los sexos; como una manera primaria de significar las relaciones de poder, a saber, los símbolos disponibles culturalmente que evocan representaciones múltiples y contradictorias; los conceptos normativos, que definen las interpretaciones de los significados de los símbolos, las instituciones sociales y organizaciones, y la identidad subjetiva (Rodríguez Agüero, 2004; Scott, 1993).

3. El cuerpo, los hijos, el amor

3.1. Sobre el cuerpo y la diferencia entre los sexos. Mujeres militantes

La caracterización de las condiciones de la Argentina como de guerra revolucionaria, la asunción de la revolución armada como el contexto de desarrollo de la tarea revolucionaria, y las exigencias de un ideal que tendía a privilegiar la revolución como horizonte y dimensión central de la vida, incluso de las relaciones más personales, se liga en no menor medida a las formas de concebir y significar los cuerpos.

Pensado en ese sentido cabe retomar la idea planteada por Héctor Schmucler, quien ha señalado que muchos de los ideales de los años '70 sólo podían sostenerse sobre la base de una concepción del cuerpo de los y las militantes como una instancia táctica al servicio de la revolución. De este modo, la práctica de la militancia revolucionaria operaba una escisión entre *cuerpo del sacrificio* y *cuerpo del deseo* (Schmucler, 2001).

Las formas de concebir la maternidad, la pareja, el amor, la crítica de la frivolidad burguesa y la reivindicación de un sentido denso, trágico, pleno de la vida, operaba como la condición de visibilidad del cuerpo, que era necesario poner en la guerra revolucionaria, pero también como renegación de su vulnerabilidad, de su fragilidad, del dolor.

En un polémico —aunque notable— trabajo (“Testimonios de los sobrevivientes”), Héctor Schmucler advierte cómo el cuerpo de los militantes populares de los años '70 era concebido como una instancia táctica al servicio de una técnica política. Schmucler señala que: “la revolución aparece como una máquina que utiliza los cuerpos de los hombres [en sentido genérico] para sus fines propios; la revolución pasa a ser un monstruo al que se sirve” (Schmucler, 2001).⁸ Y continúa: “la izquierda olvida, negándose a sí misma, las preguntas centrales que le darían sentido. De qué nueva manera se relacionan los hombres entre sí, cómo cambia la relación de cada hombre con su cuerpo, cómo se modifica el vínculo de los seres humanos con la naturaleza, en fin, qué nueva cultura propone” (Schmucler, 2001).

Desde la perspectiva de Schmucler la política, concebida como técnica tiende a anexar a sus necesidades toda otra experiencia y a convertir a los hombres y mujeres reales en sujetos separados: los que desean, por una lado; los políticos, por el otro; operando una escisión entre cuerpo del “deseo” y cuerpo del “sacrificio”. Dentro de esta concepción política, sostenida sobre todo por los grupos militarizados de la época, el cuerpo de los y las militantes —al igual que el de sus compañeros— *debía* ponerse al servicio de la maquinaria de la revolución y desalojar para siempre la fragilidad.

Seguramente hay un punto en el cual esto es verdad, sin embargo, aun un paso más allá, probablemente invisibilizado por la violencia de la derrota, el horror de la tortura, el espanto inextinguible ante las violaciones y vejaciones en las cárceles y los centros clandestinos de la dictadura: el deseo de la revo-

lución, la alegría de la fiesta colectiva, el sueño utópico y sin concesiones en nombre del cual la vida propia nada valía sin la revolución. Como Castelli, muchos de aquellos jóvenes y muchachas no plantarían un árbol ni escribirían un libro, sólo habrían pronunciado palabras y ejecutado actos, puesto el cuerpo en nombre de la revolución (Rivera, 1987).

Hay un punto en el cual sin embargo Schmucler acierta: la revolución, a menudo concebida como una meta abstracta, como un fin sin que interesaran los medios, contribuyó al borramiento de la percepción de las consecuencias psíquicas y políticas de las diferencias entre los cuerpos sexuados, a suprimir en aras del ideal todo aquello que fuera obstáculo a la determinación de continuar, incluida la propia subjetividad.

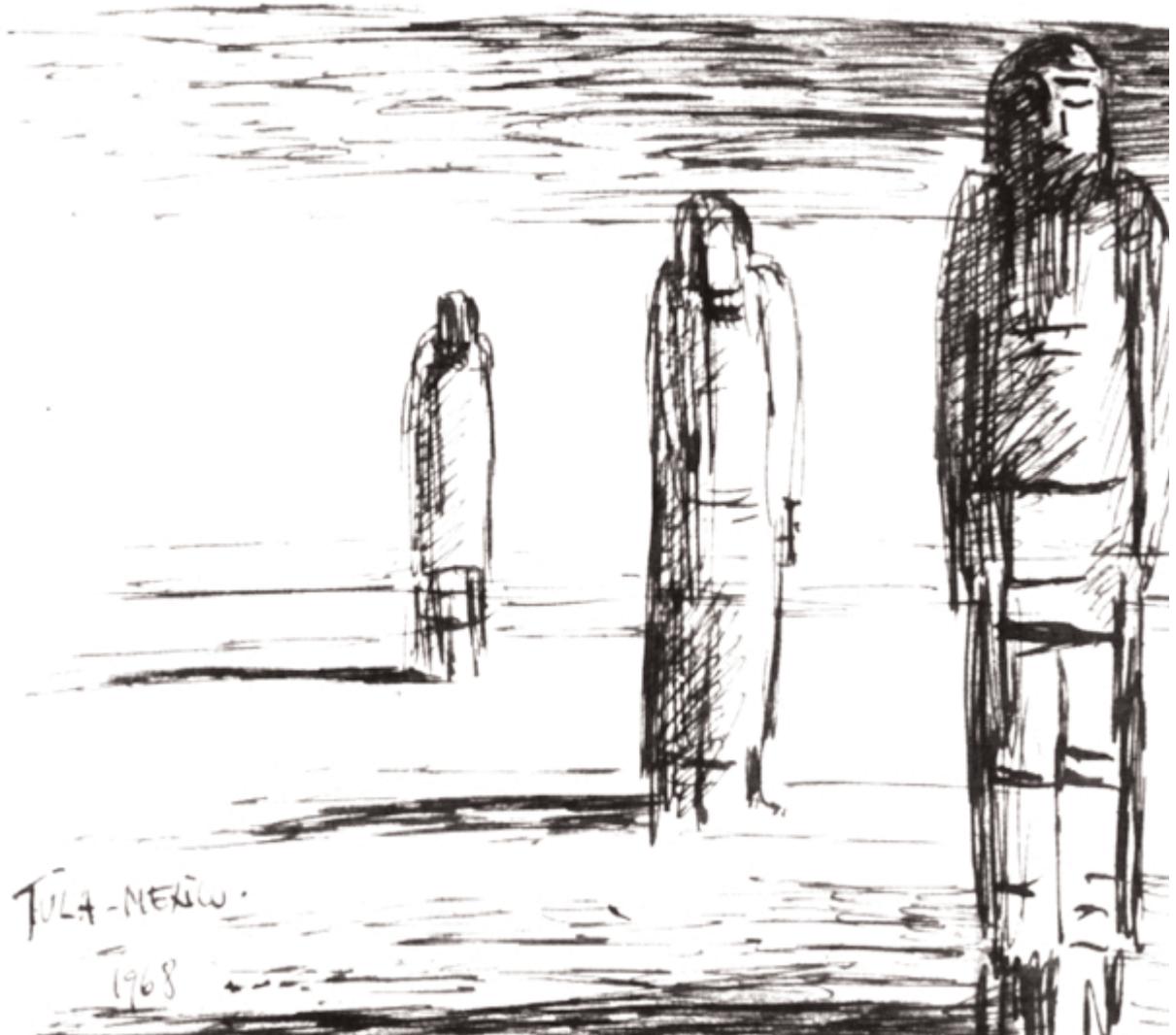
A tono con la izquierda de la época (y probablemente a tono con la izquierda a secas) la percepción de la especificidad de la opresión de las mujeres pasa inadvertida: producto de las contradicciones típicas del capitalismo, la subordinación de las mujeres es interpretada en los mismos términos que en los textos de Engels quien, sin lugar a dudas, había podido advertir bastantes más matices que sus herederos de izquierda en general, los y las integrantes del PRT-ERP incluidos (Engels, 1971).⁹ En el apartado “El Papel de la Mujer”, se establece una distinción entre las diferencias que derivan del papel de madre que “biológicamente” deben cumplir las mujeres y los elementos puramente sociales de aquella opresión. Si las “limitaciones biológicas debieran ser integradas dentro “del planteamiento ético revolucionario”, las segundas, deben ser combatidas (Moral: 33). Sin embargo “es claro que durante el embarazo y la lactancia, la maternidad plantea obligaciones especiales” (Moral: 33). Y, si bien antes se había señalado que la responsabilidad de los hijos debía ser enfrentada por ambos miembros de la pareja, en este apartado se llama a las compañeras a “asumir esta realidad y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera... estas limitaciones se deben comprender revolucionariamente, como impuestas por la tarea superior de educar a las futuras generaciones revolucionarias (y deben ser) compensadas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio” (Moral: 33). Esta noción de la maternidad —ligada a la idea de que existe un insoslayable destino biológico para las mujeres y que además éste debe subordinarse al proyecto de la revolución— deriva en un planteo que termina postulando abiertamente una división sexual de la militancia.

Sobre el final del cuadernillo se realiza un llamamiento a las organizaciones revolucionarias “a tomar entre sus reivindicaciones la liberación de la mujer”, pero sin apartarse un ápice del análisis tradicional de la izquierda sobre el tema (Moral: 34). Es decir, circunscribiendo esta lucha a: la eliminación de la doble explotación ejercida por el capitalismo a través de salarios inferiores, precarias condiciones de trabajo y “*atentados al pudor* perpetrados por los patronos” (Moral: 34, el destacado es nuestro).

El “Moral” contemplaba la diferencia entre los sexos, lo hacía, sin embargo de un modo un tanto tradicional, apelando a la

8 La aclaración entre corchetes es nuestra.

9 Acerca de las diferencias entre Engels y Marx respecto del asunto de la subordinación de las mujeres y sobre las formas de recepción que la izquierda argentina produjo en los años 70 de los clásicos del marxismo se realiza una evaluación en Rodríguez Agüero, Eva, “Feminismo y Vanguardia política y cultural en la revista *Crisis*, Argentina, 1973-1976”, tesis inédita, Mendoza, 2004.



Los gigantes de Tula, México, 1968

obediencia y subordinación de las mujeres, al silenciamiento de las emociones, a la contención extrema. Es interesante en este punto retomar el testimonio de una militante, años después del golpe militar, cuando rememora los avatares de su cuerpo y su subjetividad:

“Yo estaba de 7 meses, y se me ponía la panza dura cuando iba a salir para alguna acción o cuando volvía. Mi responsable me dijo: “el cagazo que tenés se lo transmitís al bebé. ... poner la panza dura es como una defensa. Y yo lo sentía como una ofensa, porque no podía aceptar que tenía miedo. Así que le discutía que era por el factor RH negativo. En la actualidad, sin embargo, al pasar por lugares donde he estado en situación de riesgo me corre un frío por la espalda, igual que en aquellos momentos, cuando al terminar un operativo cruzaba la calle y tenía la sensación de que iba a ser baleada por la espalda... ¿Se puede acaso vivir sin emociones? No, pero en ese período las emociones estaban cercenadas...” (Diana, 1996: 164).

3.2. El amor, la pareja, la moral sexual

Se ha dicho que el “Moral” establecía el horizonte normativo respecto de las reglas éticas compartidas por los y las revolucionarios, incluida la moral sexual.

Hay en este punto, sin dudas una tensión entre las reglas expresas acerca de lo correcto en cuanto al sexo y la pareja, que podrían hacer pensar en un severo racionalismo que permitiera encarnar una moral de ascetismo austero y monogámico y la apasionada visión de la vida, el amor y la pareja que un tiempo de densidad moderna y trágica deja entrever.

Dice Alicia Stolkiner: “En una sociedad de cuerpo presente, el amor, la solidaridad y el sexo encontraron por momentos una conjunción con pocos antecedentes en la relación entre géneros. El uso de la palabra compañero, compañera para designar a la pareja dejó atrás la institucionalidad de esposo, esposa, la pureza supuesta del novio, novia y la clandestinidad de los amantes. Indicaba lo común, lo compartido, la alianza de no agresión entre los que se enfrentan al poder” (Stolkiner, 1999: 11).

Es interesante la observación de Luis Mattini: “Otro rasgo muy marcado fue el puritanismo... muy marcado en las relaciones hombre-mujer... Entre el '68 y el '70 el PRT sufrió un proceso de revolución ideológica que consistió en rechazar todo lo que había sido la izquierda de los '60. El nuevo reglamento rechazó el liberalismo de las costumbres. Modas, gustos, pelo largo, amor libre... Las compañeras se distinguieron por su grado de compromiso combatiente” (Diana, 1996: 370 s.).

A tono con una larga tradición dentro del marxismo, la perspectiva sostenida en el “Moral” insistía sobre la base material, entendida en el sentido de praxis política consciente, de la pareja: una “relación integral entre los miembros que tiene como base la actividad social de los mismos... su relación revolucionaria” (Moral: 29).

De alguna manera se apostaba a la purificación del sexo, el inconsciente, los avatares del deseo, el amor y sus fantasmas de celos y excesos, a la edificación de una nueva moral sostenida sobre un trabajo de renuncia, ascetismo y paciencia, de cuestionamiento radical de la moral burguesa, tanto en su versión tradicional como en la nueva versión de “la moral bur-

guesa tradicional (que) aparenta revolucionarse a sí misma” (Moral: 28).

El “Moral” sigue: “algunos comentaristas la han dado en llamar revolución sexual. Esta falsa revolución consiste en volver del revés los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor (...); pero siempre dentro del terreno de la hegemonía burguesa” (Moral: 28). También realiza una severa crítica al “amor libre”, señalando que si bien “aparentemente liberaría a los miembros de la pareja”, lo que en realidad hace es “despojar al amor de su carácter integral (...) para osificarlo y unilaterizarlo en un sólo aspecto: el del sexo y sus manifestaciones más elementales” (Moral: 28).

En un mundo donde el deseo de la revolución se perfilaba como el único posible poco espacio había para algún otro más.

Desalojar el sexo, el temor, la fragilidad, imaginar un cuerpo obediente y disciplinado para ponerlo al servicio de la revolución, pero no poder evitar la conmoción del miedo y el deseo.

Austeridad y ardiente paciencia, la crítica de la moral tradicional se realizaba no por la vía de la emancipación y la liberación del deseo, sino por la contención de los aspectos irracionales en el intento de construir, por ascesis y renuncia, una versión revulsiva de otra moral, sin concesiones, una exasperada purificación de los deseos individuales en aras de un deber ser marcado por una exaltada gravedad.

Los y las militantes de entonces tomaban la vida (tal vez porque estaba cercada por la muerte y el riesgo) con exceso de seriedad.

3.3. Los hijos: desgarrar la subjetividad

Uno de los puntos probablemente más problemáticos del “Moral” (y de la moral del PRT-ERP) residió en el asunto de la crianza de los hijos, puesto que constituye el nudo en el que se cruzan las hebras de la subjetividad y la política, del presente revolucionario y guerrero y el tiempo futuro de advenimiento de la nueva sociedad nacida de la revolución, para la que los hijos e hijas debían ser educados.

De allí la relevancia asignada a la cuestión: tener hijos (e hijas) forma parte de la vida militante, educarlos, se remarca, es “tan importante como cualquier otra tarea político-militar —pues se trata nada menos que de la educación de las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán en sus hombros la tarea de construir el socialismo” (Moral: 33).

La tensión inevitable entre el reconocimiento de los hijos como sujetos históricos y el imperativo de sostener a cualquier precio la conducta revolucionaria asoma en el escueto mandato: “los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces los riesgos” (Moral: 32).

Los/las hijos/as, que debían ser protegidos, cuidados y amados como niños (niñas) y no como adultos enanos a la vez debían ser, sin embargo, criados de manera colectiva, apuntando a la supresión de la familia burguesa y su sentido de propiedad respecto de la prole. De allí que se sostuviera: “lo que los niños necesitan no es tanto su padre o su madre, sino la imagen del padre y de la madre (...) y estas imágenes son perfectamente intercambiables” (Moral: 32). Probablemente fuera en parte producto de la asunción de la violencia

del enfrentamiento político y de los riesgos asumidos por una organización que, cada vez más, debía considerar las bajas que podían darse entre los y las militantes asumiendo con “seria atención (...) el cuidado de los hijos de los compañeros muertos o prisioneros, (...) sin establecer diferencias odiosas entre hijos propios y ajenos” (Moral: 33).

Sin lugar a dudas era, probablemente, imposible imaginar la brutalidad de la derrota, la fragilidad y el dolor cuando aquello, hasta un cierto punto simbolizado, irrumpiera como realidad. El testimonio de la Gringa, una militante del PRT cordobés, recogido por Marta Diana señala:

“Una compañera, la sargento Clara, tenía que hacer un operativo y me dejó a su beba de seis meses para que la cuidara. Como yo también tenía que salir, la dejé con mi madre, y volví a la hora de almorzar. Mientras mirábamos el noticiero... y yo ya estaba viendo que faltaba poco para llevar la beba a mi compañera... apareció la imagen de Clara, muerta en la vereda de un barrio. Es algo imposible de describir lo que sentí con esa beba en brazos mientras contemplaba la imagen de su madre muerta” (Diana, 1996: 185).

El hiato entre la norma y la irrupción de lo real en un contexto de extrema crueldad, cuando lo cotidiano se iba transformando cada vez más en un espacio no sólo incierto, sino cada vez más siniestro, produciría desgarramientos subjetivos difíciles de saldar. No sólo por cuánto sea de dificultosa la tramitación del dolor en cualquier vida humana, ni por cuánto de la melancolía sea inherente a la imposibilidad de tramitar dueños sin los rituales debidos, sino por la forma del mandato y la exigencia expresa de excepcionalidad.

Pese a las previsiones relativas a asumir la crianza de los hijos, la brutalidad de la derrota hizo que la mayor parte de los hijos e hijas de los y las militantes que pudieron ser recuperados lo fueran por sus familiares directos, abuelos, abuelas, tíos.

4. Sobre lo personal y lo político: política y subjetividad en tiempos de revolución

El “Moral”, como conjunto de conceptos normativos que debían ser encarnados por los y las militantes del PRT-ERP muestra hasta qué punto lo objetivo de la clase y de la actividad política debía ser subjetivado en una coyuntura revolucionaria. Se trata pues de una curiosa forma de pensar la relación entre lo político y lo personal.

Sólo esta incorporación de lo político, la capacidad para subjetivar las capacidades emancipatorias de la clase, constituía la vía de corte respecto del individualismo burgués, amenazante y recurrente, corrosivo de la disciplina militante, ácido disolvente de la posibilidad efectiva de tomar el cielo por asalto.

Por decirlo de alguna manera se trataba de una forma de subjetividad absorbida sin resquicios por el deseo de la revolución. Esto es: de subjetividad, pero de una subjetividad plenamente política, donde lo personal, incluido lo más hondamente personal: el propio cuerpo, el amor, los hijos, hubieran sido absorbidos por la determinación, por la voluntad de llevar a cabo la revolución hasta sus últimas consecuencias.

Señala Luis Mattini: “En efecto, Santucho usaba el vocablo ‘determinación’ no solo en su segunda acepción semántica (osadía, audacia) sino principalmente en su versión filosófica

sartriana del acto de voluntad. La determinación, para Santucho era el acto de tomar partido: la decisión. Pero lo notable y lo vigente, es que este concepto en Santucho no era una simple idea, sino que él era la determinación en persona o la personalización de la determinación. La determinación = deliberación-determinación-ejecución lo atravesaba como una pasión” (Mattini, 2003).

Sin lugar a dudas se puede argumentar con un grado razonable de verosimilitud que de lo que se trata es simplemente de determinismo de la voluntad, de una suerte de enfermedad infantil heroica propia de los ‘70, producto de la asunción del guevarismo, que de lo que se trata es de la simple asunción de la propia vida como un instrumento a la mano de la revolución abstracta y demoleadora que hizo posible la transmutación de los cuerpos de los y las militantes en cuerpos del sacrificio.

Y es que, desde nuestro punto de vista, de esta tensión ambivalente se trata: encarnación de la voluntad de tomar el cielo por asalto, de una determinación que permita corporizar el deseo de la revolución, no sólo la obediencia meticulosa a los mandatos del partido (Flax, 1990; Ciriza, 2004). Ese “plus” permitiría verdaderamente organizar la vida sobre el eje de la revolución: “cuando de la propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, ante la amenaza inmediata de una muerte real o simulada” (Moral: 26).

Debía ser posible la disolución de los límites entre lo político y lo personal, la erradicación de toda forma de individualismo y mezquindad pues el individualista tenderá a ser débil. “Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra... que puede llevar al desastre a los revolucionarios mejor intencionados... (pues) el militante que teme perder la vida, resultar herido o mutilado física o mentalmente, se convierte en un peligro para la organización; puesto que “retrocede ante el fuego enemigo (y) delata ante la tortura” (Moral: 26).

De esto se trataba: de la exaltación de una forma de subjetividad plenamente absorbida por el deseo político de la revolución, de una subjetividad capaz de borrar sus límites individuales en el objetivo colectivo y apasionado de la revolución. En el límite, es claro, podía transformarse en la disolución de la tensión, en obediencia ciega a los mandatos del partido.

Sin embargo latía sin lugar a dudas, aun cuando fuera dificultoso advertir los meandros morosos y densos de la subjetividad individual, un deseo de constituir sujetos autónomos, capaces de tomar el cielo por asalto convencidos de que lo hacían con plena comprensión de sus objetivos, encarnando plenamente el deseo de la revolución, coherentes portadores en el presente de un futuro gozoso para la humanidad.

La dificultad, entonces y ahora, continua residiendo en la tensión que permita tejer los nexos adecuados entre sujeto político y subjetividad individual, esa tensión que permita respetar objetivos colectivos sin arrasar la vida personal, esa tensión que permita exceder la contemplación narcisista y auto-satisfecha de sí, que habilite para una cuota de renuncia en orden a lo colectivo sin transformarse en una práctica ascética de la renuncia a toda dimensión personal.

Referencias bibliográficas

- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós (1998), **La voluntad**, Buenos Aires, Norma, 3 vols.
- Benjamin, Walter (1982), "Tesis de Filosofía de la Historia", en **Para una crítica de la violencia**, México, La nave de los locos.
- Benjamin, Walter (1996), **Escritos autobiográficos**, Madrid, Alianza.
- Butler, J. / E. Laclau / S. Zizek ([2000] 2003), **Contingencia, hegemonía, universalidad, diálogos contemporáneos en la izquierda**, México, FCE.
- Cazes Camarero, Pedro (1989), **El Che y la generación del '70**, Buenos Aires, Dialéctica.
- Ciriza, Alejandra (2004), "Sobre las relaciones entre psicoanálisis y filosofía. A propósito de la pregunta por el sujeto en algunos escritos de Judith Butler", mimeo inédito.
- Diana, Marta (1996), **Mujeres guerrilleras, la militancia de los 70 en el testimonio de sus protagonistas femeninas**, Buenos Aires, Planeta.
- Engels, Federico ([1884] 1971), **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado** (traducido por Juan Antonio de Mendoza, primera edición castellana en 1933), Buenos Aires, Claridad.
- Flax, Jane (1990), **Psicoanálisis y feminismo, pensamientos fragmentarios**, Madrid Cátedra, 1995
- Mattini, Luis (2001), "Reencuentro con Mario Roberto Santucho", La Fogata digital, Fecha de Publicación: 19 de julio de 2001, <http://www.lafogata.org/recopilacion/mattini3.htm>
- Mattini, Luis (2003), "Santucho y la determinación", La fogata digital, 19 de julio de 2003, <http://www.lafogata.org/recopilacion/mattini3.htm>
- Olivencia, Victoria (2003), **Testimonios de mujeres militantes encarceladas durante la dictadura militar. Memoria, política y subjetividad (1976-1983)**, Mendoza, Mendoza.
- Rivera, Andrés (1987), **La revolución es un sueño eterno**, Buenos Aires, Alfaguara.
- Rodríguez Agüero, Eva (2004), "Feminismo y Vanguardia política y cultural en la revista Crisis, Argentina, 1973-1976", Tesis Inédita, Mendoza.
- Schmucler, Héctor (2001), "Testimonios de los Sobrevivientes", artículo inédito.
- Scott, Joan (1993), "El género una categoría útil para el análisis histórico"; en C. Cangiano y L. Dubois (1993), **De mujer a género**, Buenos Aires, CEAL.
- Stolkiner, Alicia (1999), "El amor militante", en revista **Los 70, política cultura y sociedad**, Buenos Aires, n° 5.
- Williams, R. (1980), **Marxismo y literatura**, Barcelona, Península.
- Zizek, Slavoj ([1989] 1992), **El sublime objeto de la ideología**, Buenos Aires, Siglo XXI.

Fuentes

- [Julio Parra], "Moral y Proletarización", en **La Gaviota Blindada**, n° 0, c. julio 1972.

L u i s
O r t o l a n i

Moral y proletarización

1. Importancia y límite del problema

Hoy ya es un lugar común en el campo revolucionario el aserto leninista de que la burguesía ejerce en los países capitalistas la dictadura de su clase, es decir, la dominación sobre la clase obrera y el conjunto del pueblo.

Pero es un aspecto menos conocido su concepto de la hegemonía de clase de la burguesía en la sociedad, categoría que complementa a la dominación en la práctica social.

Esta concepción leninista ha sido definida con precisión por Gramsci en sus "Notas sobre Maquiavelo" al señalar que el estado, es el "complejo de actividades prácticas y teóricas con las cuales la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominación sino también logra obtener el consenso colectivo de los gobernados".

En este último párrafo subrayado por nosotros, Gramsci señala con claridad la cuestión de la hegemonía. Esto quiere decir que si la burguesía nos tiene aún bajo su dominio, no es solamente en virtud de su aparato represivo, sino y ante todo, porque una parte considerable del pueblo continua adherida a la concepciones burguesas y porque prácticamente la totalidad del pueblo continua viviendo según el sistema de vida que la burguesía ha construido.

Por ejemplo la hegemonía burguesa se manifiesta en los medios de comunicación de masa que diariamente vuelcan sobre nosotros la ideología de la clase dominante no sólo en el terreno político general, sino en todos los aspectos de la vida cotidiana, proporcionando «modelos a imitar» burgueses, a través de la publicidad, el radioteatro, la historietas, la crónica deportiva y mil formas.

Se manifiesta en los sindicatos absorbidos por el régimen capitalista como válvula de escape de la tensiones sociales. Se manifiesta en la iglesia, clubes, en el deporte, en todos los aspectos de la vida humana.

Aquí es donde el problema de la hegemonía entronca con el problema de la ética, de la moral. Esta es la cuestión planteada por el CHE con su apasionado llamamiento a la construcción del Hombre Nuevo. Esta es la cuestión planteada por la multitudinaria movilización de la Revolución Cultural China. Este es el problema que empiezan a plantearse corrientes revolucionarias en la Argentina, con sus llamamientos a la prole-

tarización de sus cuadros y militantes.

Y esta cuestión no puede tomarse como una mera aspiración de deseos, como pretenden los que tratan de transformar al Che en una simple leyenda romántica. No es cuestión que pueda dejarse para después de tomar el poder como creen algunos.

Por el contrario, es una cuestión que está en el centro mismo de los problemas de la Guerra Revolucionaria.

Lenin ha establecido con claridad que el proletariado no podrá establecer la dictadura de su clase, es decir, conquistar el poder político, si previamente no ha logrado la hegemonía de su clase en el seno de la sociedad, es decir, ganando a la gran mayoría de los corazones y mentes de la clase obrera y el pueblo.

Y si entendemos correctamente la hegemonía proletaria, tal como la planteamos arriba, vemos que ella no consiste solamente en la adhesión de la mayoría del pueblo a las ideas y el programa político propuesto por el proletariado, sino que plantea también el problema «de la nueva moral».

Este problema se vuelve particularmente importante en la etapa actual de la revolución mundial. El imperialismo se encuentra en la crisis final e irreversible de su dominación. El crecimiento y la afirmación del campo socialista y la Guerra Revolucionaria de los pueblos coloniales han tornado su derrota final en una realidad alcanzable.

Pero precisamente porque se enfrenta a su crisis y derrota definitiva, el Imperialismo disputará palmo a palmo las posiciones que aún le quedan, aferrándose a ellas con uñas y dientes. La Guerra Revolucionaria como lo muestra la práctica en nuestro país y en el mundo, se volverá cada vez más salvaje, cruel y dura.

No podemos ni pensar en vencer en esa guerra, si no nos decidimos a comenzar ya, en la práctica misma de la guerra, la construcción del hombre nuevo, del hombre capaz de luchar y vencer en esa guerra.

El lúcido periodista australiano Wilfred Burchett, señala con claridad en su libro "Por qué triunfa el Vietcong", que esos "hombrecitos amarillos de pijamas negros se han convertido en la máquina de guerra más formidable que ha conocido la historia", porque han sabido "conquistar las mentes y los corazones" de su pueblo y que han podido conquistar las mentes

y corazones del pueblo porque desde el primer momento han prestado particular atención a la formación política y moral de sus cuadros, de sus combatientes y de todo el pueblo.

Es aquí como la cuestión de la hegemonía —la conquista de las mentes y el corazón de las masas— y el aspecto ético de esta cuestión, se instalan en el centro mismo de la dialéctica de la guerra.

La construcción de una nueva moral, se pone de relieve como una herramienta tan valiosa e imprescindible para la victoria revolucionaria como la lucha ideológica, económica y política-militar, se vincula a ellas y a la inversa esta nueva moral sólo podrá construirse en la práctica de la guerra. Pero entendiendo este término «práctica de la guerra» no en un sentido limitado, como en los momentos de combate político y militar, sino en un sentido más amplio y profundo.

Precisamente como la organización de la totalidad de nuestra vida en torno a la guerra con el pueblo, con nuestros compañeros, con nuestra pareja y nuestros hijos con la familia y la gente que nos rodea en general, con el enemigo.

Sólo así lograremos una moral revolucionaria, una moral de combate que constituye, aquí y ahora, el tránsito necesario a la moral socialista de mañana.

Esta es la clave de la epopeya vietnamita. Es imposible comprender que un pueblo sea capaz de soportar cuarenta años de guerra casi continua, sí no comprendemos que ese pueblo ha removido hasta los cimientos su vida cotidiana, insertándola y organizándola en el nuevo eje de la revolución.

Si queremos hacer nuevos Vietnam en América Latina, como quería nuestro Che, sepamos aplicar creadoramente a nuestra realidad las enseñanzas de la experiencia vietnamita no sólo en la práctica de la estrategia y la táctica militar, de la educación ideológica y de la labor política, sino también y ante todo, en el cambio de la moral revolucionaria.

2. El individualismo, esencia de la moral burguesa

Así como la sociedad socialista sólo puede aparecer como superación dialéctica de la sociedad capitalista, la moral socialista y su embrión, la moral revolucionaria, sólo pueden aparecer como superación dialéctica de la moral burguesa.

Y para superar algo, debemos empezar por conocerlo. ¿Qué es pues la moral burguesa? La moral burguesa es la expresión en el terreno de las relaciones cotidianas entre los seres humanos y de su actitud frente a ellas, de las relaciones de producción capitalistas.

Marx comprobó que la sociedad capitalista, básicamente es una sociedad de productores de mercancías. Y que el carácter anárquico y anónimo de la producción mercantil, tiene la virtud, entre otras consecuencias, de cosificar las relaciones humanas. Las relaciones sociales, que son en verdad relaciones entre personas, aparecen como relaciones entre cosas. Y más específicamente, como la relación de todas las personas y todas las cosas con una cosa muy especial.

La mercancía entre mercancías, la reina de la mercancía y el supremo dios de nuestro tiempo: el dinero.

De medio general de cambio y circulación de mercancías, el dinero —y las mercancías en general— se transforma en medio de vida. Su posesión o no significa posesión o no de otras mercancías (alimentos, ropas, etc.), significa vivir o morir, significa sobrevivir miserablemente o nadar en el lujo y la abundancia. El trabajo pierde su carácter de actividad creadora, de actividad específica y superior del hombre, para transformarse en simple medio de conseguir dinero y la posesión de bienes se transforma en el fin de la vida.

Cada persona es así, enfrentada en el anónimo mercado capitalista que lo rodea como una selva y es empujada a luchar, a competir para sobrevivir.

El obrero es empujado a competir con sus hermanos de clase para conseguir un trabajo, para conservarlo, para ganar más dinero. El capitalista compite salvajemente con los otros capitalistas para ganar su clientela, para aumentar la ganancia propia a costa de la ajena.

Y entre unos y otros, los pequeños-burgueses, compiten como el que más, a veces para sobrevivir, a veces para «brillar», a veces «para progresar en la vida».

Y en esta competencia salvaje de todos contra todos, o mejor dicho, de cada uno con el mercado que aparece como una fuerza anónima y hostil, cada persona no tiene otro punto de referencia que su propia individualidad.

Cada individuo lucha por sobrevivir y triunfar; él en esa batalla contra las fuerzas hostiles del mercado que no son otra cosa que todas las demás personas, así como él forma parte de esas fuerzas hostiles, para cada uno de los demás.

Por eso, el individualismo constituye la característica esencial de la moral burguesa, ya que emana del carácter mercantil de las relaciones de producción capitalista.

¿Cómo se desarrolla y manifiesta este individualismo? Una vez estabilizada la hegemonía capitalista en las relaciones de producción y por lo tanto la hegemonía burguesa en la sociedad, el individualismo pasa a ser el rasgo dominante de las relaciones humanas.

Los adultos lo transmiten conciente o inconcientemente a sus hijos, que empiezan así a mamar individualismo con el primer trago de leche materna. El bebé competirá con sus hermanos por el alimento y la atención de los padres. Después competirá por los juguetes y más tarde competirá en la escuela por las mejores notas y en los juegos, en los deportes por la victoria de su equipo. Finalmente, ya adulto, se lanzará a competir ferrozmente en la industria, el comercio, la ciencia, el arte, la política, la guerra. El individualismo se convierte así en el esqueleto básico de la personalidad, que se va integrando sobre él y formándose en el molde competitivo del capitalismo.

De esta manera, el individualismo no opera solamente en el nivel de los pensamientos concientes, de las opiniones e ideas corrientes sobre las cosas, sino también en el nivel de las emociones, de los sentimientos y los reflejos condicionados por el medio ambiente, de las actitudes espontáneas no concientes, de la formación embrionaria de cualquier pensamiento.

Las características y maneras de ser individualista se constituyen en la personalidad básica de cada uno, características y

maneras de ser que la hegemonía burguesa se encarga de reforzar a diario a través de los medios de comunicación de masas, de las escuelas, etc.

He aquí la dimensión del problema. Esta es la razón por la cual resulta tan difícil luchar contra el individualismo. No basta para ser un revolucionario adquirir conscientemente todas las ideas de la clase obrera, la conciencia más general de los problemas. Por el contrario, de lo que se trata es de hacer una verdadera revolución en nosotros mismos. De cambiar radicalmente las opiniones, los gustos, y afinidades sobre las cosas más corrientes y las actitudes más cotidianas frente a todos los que nos rodean.

En una palabra, de desintegrar nuestra personalidad individualista y volverla a integrar, hacerla de nuevo sobre ejes proletarios revolucionarios.

Pero que la tarea sea difícil, no implica que no sea menos urgente y necesaria. Por el contrario, el individualismo es una verdadera gangrena que continuamente destruye lo que construimos. Mal podemos vencer a las fuerzas enemigas, todavía poderosas y dispuestas a librar una guerra cruel y prolongada, si no empezamos por destruir esa verdadera avanzada de las fuerzas enemigas, que opera en nuestras propias mentes y en nuestros propios corazones: el individualismo burgués y pequeño-burgués.

PROLETARIZACIÓN Y LIGAZÓN CON LAS MASAS

Hemos señalado que para combatir el individualismo es necesario revolucionar totalmente nuestra personalidad, integrarla de nuevo sobre ejes revolucionarios.

Y hemos señalado también que esto no podría lograrse mediante la mera introspección y autoaflicción, sino en la práctica: revolucionando y transformando el conjunto de nuestras relaciones con todos los que nos rodean.

La práctica social establece una relación dialéctica entre el sujeto y su medio: en la medida que el hombre va formando y transformando la realidad a través de su trabajo, de sus relaciones humanas, de cualquier actividad que ejerza, esa misma actividad y los condicionamientos que el medio le impone van formando y transformando al sujeto. Esta es la esencia de la afirmación de Marx que la «existencia determina la conciencia». El que tiene una práctica social de obrero tenderá a tener una conciencia de obrero. El que tiene una práctica de policía tendrá una conciencia de policía, he aquí la primera clave de la cuestión proletarización. ¿Quiere decir esto que los obreros por el sólo hecho de ser tales están libres del nefasto individualismo? Categóricamente NO. El trabajo asalariado del obrero es precisamente la base de la producción mercantil, ya que ese mismo trabajo es considerado por el capitalista como una mercancía que se compra y se usa, obteniendo la plusvalía que constituye la base de su capital. No se encuentra pues, libre de la opresión mercantil, sino que la sufre más agudamente que nadie y, la hegemonía burguesa en la sociedad también tiende a generar el individualismo en su personalidad.

Pero sucede que el propio papel que el obrero desempeña en la producción mercantil, origina en él la tendencia contraria. En efecto, en la industria capitalista, sobre todo en las gran-

des fábricas modernas, organizadas en torno a las líneas de producción la interdependencia de los distintos trabajos parciales es tan estrecha, que el obrero tiende a adquirir fácilmente conciencia del carácter social de la producción que es realizada por su clase y la contradicción entre ese carácter y el de la propiedad privada de las mercancías.

La práctica del trabajo colectivo y la patente injusticia de su enajenación privada engendra así en el obrero una tendencia contraria a la tendencia individualista que le impone la sociedad en su conjunto. Y esta tendencia positiva y superadora es reforzada por muchos otros elementos de su práctica social.

Colectivamente el obrero sufre en su hogar y en su barrio las consecuencias de su opresión social, en forma de mala alimentación, malas condiciones de alojamiento y salubridad, acceso escaso o negado a la cultura oficial de la sociedad. Colectivamente es despedido o va a la huelga, colectivamente choca con la policía cuando quiere expresar su protesta, y cuando la lucha de clases se desarrolla, colectivamente sufre los rastillos o los bombardeos. Así la propia situación de explotado origina en el obrero profundo odio de clase y una tendencia al igualitarismo que se constituye en negadora y superadora del individualismo burgués y pequeño-burgués.

Marx los señala con toda claridad en el capítulo VI de su libro I del Capital (hasta hace poco inédito) cuando dice: "Aquí el obrero está desde un principio en un plano superior al del capitalista, por cuanto este último ha echado raíces en ese proceso de enajenación (del trabajo) y encuentra en él satisfacción absoluta, mientras que por el contrario, el obrero en su condición de víctima del proceso se encuentra de entrada en una situación de rebeldía y lo siente como un proceso de avasallamiento".

¿Cuál de las dos tendencias prima en la conciencia del obrero, la tendencia individualista, negativa que le impone la hegemonía burguesa en la sociedad o la tendencia colectivista positiva que surge de su carácter de explotado? Es un problema que se resuelve en las luchas de clases, así vemos que los rasgos individualistas se manifiestan con más frecuencia entre los sectores y elementos obreros políticamente menos avanzados; en los otros tienden a primar las auténticas virtudes proletarias: humildad, sencillez, paciencia, espíritu de sacrificio, amplitud de criterios, decisión, tenacidad, deseos de aprender, generosidad, amor al prójimo.

Pero cualquiera sea el grado en que estas virtudes triunfan en cada personalidad, lo importante es que en la condición misma del obrero, objetivamente, por el carácter de su papel en la producción, se contienen las posibilidades de superar el individualismo las características y puntos de vista que tienden a superarlo. Este es el meollo del planteo de la proletarización, que quiere decir pues, adquirir las características y puntos de vista del proletariado; entendidas éstas no como las características y puntos de vista subjetivos del obrero Juan o Pedro, que pueden ser tan burgueses como las de su patrón, sino como las características y los puntos de vista que emanan objetivamente de su carácter de clase, históricamente interesado en liberar a la humanidad, liquidando todas las clases.

Y proletarizarse constituye la condición básica, el paso previo imprescindible para combatir y tender a liquidar el individualismo. Y con él, a todas las manifestaciones de la hegemonía bur-

guesa, para establecer la hegemonía proletaria en la sociedad, lo que a su vez constituye el paso previo imprescindible para la conquista del poder político.

¿Cómo lograr entonces la proletarización? Aunque parezca perogrullesco decirlo, la manera fundamental de proletarizarse de las organizaciones revolucionarias, es aumentar constantemente la proporción de obreros en sus filas, ganar crecientemente a los obreros de vanguardia que reflejan las auténticas virtudes de su clase. Y vale la pena repetir esta aparente perogrullada porque hay muchos compañeros revolucionarios que aunque reconozcan sinceramente esta necesidad en la teoría, no se esfuerzan consecuentemente en la práctica por llenar de obreros las filas revolucionarias.

Cuando las organizaciones revolucionarias están constituidas en su base y en su dirección por una clara mayoría de obreros recién entonces habrán adquirido la madurez política para cumplir cabalmente su misión histórica.

Individualmente para los revolucionarios de extracción no proletaria, la proletarización pasa ante todo por compartir la práctica social de la clase obrera, su modo de vida y de trabajo. Es un error creer que basta abrazar la ideología de la clase obrera y luchar por ello para adquirir sus características y puntos de vista. Empuñar las armas resulta incluso insuficiente si nuestra vida cotidiana continúa encerrada en el marco de la práctica social burguesa o pequeño-burguesa.

Pero es un error también creer que basta trabajar en una fábrica o vivir en un barrio obrero para proletarizarse, como se indica más arriba. Si bien por un lado la situación de la clase obrera engendra en ella una tendencia positiva, por otro lado, la burguesía ejerce una presión hegemónica contraria, sobre toda la sociedad, incluso los obreros, generando así la tendencia al individualismo.

Proletarizarse, desarrollar la nueva moral, es pues un proceso mas completo y profundo, que interesa a todo militante revolucionario, incluso a los obreros, pero sobre todo a los no obreros.

Parte de insertar la propia vida en la condición obrera, pero no se detiene allí. Por el contrario, en la medida en que el revolucionario comienza a encuadrar la condición proletaria en su vida, su trabajo, sus luchas, nuevas exigencias se le formulan y comienza recién a delinarse el largo camino a recorrer, largo camino que no sólo liberará a los pueblos en cuanto tales sino a cada una de las personas que lo componen de la estrecha celda del individualismo. Exactamente lo que León Trotsky dijo: "Algún día la revolución liberará al hombre de la negra noche del yo circunscripto". Este largo y maravilloso camino de la revolución del hombre de todas sus cadenas sólo puede comenzar en un punto de partida, que cada revolucionario y organización revolucionaria debe alcanzar para iniciar la marcha a la victoria. En el seno mismo de la clase que con sus manos, sus mentes y sus corazones está diariamente creando los valores y haciendo andar las ruedas de la historia. En la entraña palpitante de las masas populares que más crudamente sufren la enajenación de su trabajo, que más duramente son negadas por la sociedad capitalista, pero sin embargo están afirmado en cada acto los valores fundamentales del hombre, los valores que serán plenamente rescatados por la revolución: el trabajo, el futuro de nuestros hijos, la gran fraternidad humana.

EL INDIVIDUALISMO EN LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

Existen múltiples manifestaciones del individualismo en el seno de las corrientes revolucionarias, cada una de las cuales refleja con diferentes matices la hegemonía burguesa sobre las nacientes organizaciones del proletariado y el pueblo. Sólo en el desarrollo práctico de nuestra proletarización, en el ejercicio permanente de la crítica y la autocritica podremos ir caracterizándolas y corrigiéndolas a todas.

Señalaremos en este trabajo solo las más importantes, aquellas que más visiblemente están corroyendo en forma continua los esfuerzos de construcción de una organización proletaria-revolucionaria en la Argentina: El Subjetivismo, la autosuficiencia, la búsqueda de prestigio, el espíritu de camarilla, el liberalismo, el temor por sí mismo. Estas y otras manifestaciones del individualismo tienen una característica común que consiste en colocar la propia consideración y las propios precauciones por encima de los intereses de la revolución, en tomarse como punto de referencia a si mismo y no al proceso histórico, a la clase obrera y al pueblo.

A) EL SUBJETIVISMO: Esta manifestación del individualismo consiste en no utilizar correctamente los métodos científicos de análisis, en lugar de analizar la realidad objetivamente, seguir las enseñanzas del marxismo y sacar las conclusiones que correspondan, por desagradables que nos resulten, se procede al revés: torciendo y manejando el método se sacan las conclusiones que coinciden con nuestros deseos o proyectos. Así, por ejemplo, hay compañeros que caracterizan una determinada zona o frente de trabajo como poco propicios para la actividad revolucionaria, porque no desean ir a militar a o seguir militando allí, o para justificar sus propios errores por el contrario se caracteriza como muy importante la propia actividad allí encubriendo deseos personales de encontrarse en ese lugar.

Esta grave desviación puede llegar y llega al extremo de deformar la caracterización de toda una etapa histórica para acomodarla a los propios deseos de continuar llevando o volver a llevar una cómoda existencia burguesa o pequeño-burguesa. El subjetivismo se manifiesta también en no reconocer con franqueza los propios errores y limitaciones, buscando disimularlos con los ajenos o con falsas interpretaciones.

B) LA AUTOSUFICIENCIA: Esta es una de las manifestaciones del individualismo que consiste en subestimar la capacidad de los demás compañeros y de las masas y sobrestimar la propia capacidad. El compañero autosuficiente creará siempre que lo sabe todo y que es el único que sabe hacer las cosas. Prestará poca o ninguna atención a la opinión de otros compañeros y de las masas. Creará que nada tiene que aprender de ellas y por el contrario se precipitará a volcar su propia ciencia sobre los demás. El apresuramiento, la irreflexibilidad, la pedantería, son consecuencias y complementos de esta actividad. El resultado será que el compañero autosuficiente perderá el respeto y la estima de los demás y la visión correcta de la realidad, lo que a su vez lo llevará al subjetivismo para justificar sus errores, creando así un círculo vicioso sumamente nocivo para el desarrollo revolucionario.

C) LA BÚSQUEDA DE PRESTIGIO: Es una manifestación de individualismo que generalmente se complementa con las dos

anteriores y que muestra con más claridad que cualquier otra el rasgo más esencial del individualismo, o sea la anteposición de la propia persona a los intereses de la revolución.

Consiste en tratar de hacer las cosas bien pero no por la utilidad que reportan a las tareas revolucionarias sino para ganar méritos, ser halagado y halagar el amor propio. Se da a todos los niveles, pero particularmente es más notable y dañino entre los elementos de dirección.

El militante de base que cae en estas manifestaciones del individualismo procura destacarse ante su responsable para ser felicitado y tenido en cuenta en la próxima "promoción".

El cuadro medio que cae en ella buscará por un lado ser admirado y respetado por sus bases, a fin de usar esa base como «masa de maniobra», en sus deseos de «ascenso» en la organización y por otro lado, buscará destacarse y hacer méritos ante los órganos de dirección, a fin de acceder a ellos.

Finalmente, los elementos de dirección que acusan esta grave desviación, se comportan como caudillos, buscando la dirección de los militantes y compitiendo por ella con sus pares.

Esta forma de individualismo crea graves problemas en las filas de las organizaciones revolucionarias.

En primer lugar, se crea un espíritu de competencia entre los compañeros que caen en ella, generando enfrentamientos, problemas y desviaciones. En lugar de contribuir al éxito colectivo modesto y silenciosamente y ayudar a los otros a realizar sus aportes, se busca sobresalir individualmente a costa de los demás, tratando de acaparar las tareas que pueden aparentar brillos y dejar a los otros las más oscuras y difíciles, callando en los propios errores, en lugar de corregirlos, mientras que señalan vocingleramente los ajenos, induciendo incluso al error o dejándolos caer en él, a sabiendas para resaltar el propio acierto o disimular las propias fallas.

Por otra parte, se distorsionan los informes y puntos de vista, resaltando los aspectos negativos de las actividades y opiniones de los otros y destacando e inflando los propios méritos. Por ejemplo, al tomar una actividad que ha estado en manos de otros compañeros se elaborará un informe negativo señalando múltiples errores y deficiencias para luego pasar a corto plazo un informe excelente sobre los avances de la tarea.

De esta manera se atenta contra la fuente del conocimiento. Una organización tiene numerosos órganos de conocimiento, que son sus propios militantes, pero si los organismos encargados de centralizar la actividad, manejan una información que ha sido distorsionada por sus militantes integrantes y/u otras instancias encargadas de elaborarlas, formularán una apreciación equivocada de la realidad o tomarán decisiones equivocadas que conducirán al error en toda la organización.

Finalmente, esta búsqueda de prestigio conducirá a la formación de camarillas y la utilización de prácticas burocráticas.

D) EL ESPÍRITU DE CAMARILLA: Esta manifestación del individualismo es resultado directo de las anteriores. Reproduce a nivel de grupo lo que la búsqueda de prestigio significa a nivel individual y consiste en la construcción de grupos, más o menos cerrados que buscan diferencias y privilegios para sus miembros.

En los organismos de base se presenta como "Chauvinismo

de Equipo"; cada organismo de base pretende destacarse como el "mejor" olvidando el papel que a cada uno de ellos corresponde para el buen desarrollo del conjunto.

Esta desviación conduce a una competencia entre equipos cuyos responsables se disputan en los órganos centralizadores los materiales necesarios para la actividad, los mejores combatientes, los frentes de trabajo, etc. Cuando equipos que han caído en estas desviaciones deben colaborar en alguna actividad cada uno trata de subordinar a los otros para llevar la mejor parte en la tarea y destacarse. Esta desviación se presenta también como regionalismo. Porteños, rosarinos, cordobeses, tucumanos, etc. pretenden respectivamente destacarse como los mejores, olvidando que la revolución es un problema nacional e internacional. Se originan así competencias regionales, que producen los problemas antes señalados en una escala más amplia. Esto es lo que podríamos denominar espíritu de camarilla a nivel orgánico. Existen otras formas de expresarse a nivel orgánico. Consiste en grupos de compañeros que tienen relaciones anteriores o ajenas a la militancia y constituyen grupos al margen de la estructuración orgánica.

Esta forma es la más nociva, porque rompe el tabicamiento y crea todo tipo de problemas. Los compañeros que constituyen estas camarillas llevan y traen chismes y problemas de un organismo a otro poniendo en peligro la seguridad y el buen funcionamiento de la organización, llegando incluso a construir verdaderos grupos de presión interna. Pero la forma de expresión más nociva de todas es el espíritu de camarilla a nivel de cuadros medios y de dirección. A este nivel conduce inevitablemente a prácticas burocráticas y origina graves problemas. Comienza a manifestarse de manera aparentemente inocente: Los elementos de dirección que caen en estas desviaciones comienzan por crear una especie de "lenguaje propio" para comunicarse ciertos comentarios, ciertas referencias a determinados hechos o textos, a los que no tienen acceso los compañeros de base o los que forman parte del grupo. De esta manera los integrantes de esta camarilla se constituyen en un «círculo de iniciados» al que no tiene acceso el común de los mortales. Las relaciones con los compañeros de base se hacen paternalistas, se les da a entender que ciertas cosas no son para ellos y se compensan con actitudes ferretistas, con vagas promesas de entrar al círculo de iniciados si se hace buena letra.

Si este error no es advertido a tiempo y severamente corregido por los propios compañeros o por la organización, la camarilla se va haciendo tal vez cada vez más. Sus miembros favorecen unos a otros, evitando señalarse los errores entre sí y destacando en cambio los de los compañeros que no lo integran.

La camarilla se va haciendo cada vez más un grupo separado burocráticamente de la base y una fracción diferenciada en el seno de los órganos dirigentes. Cuando alcanza este punto, sirve de vehículo para canalizar violentamente cualquier diferencia táctica. Esta diferencia no aparece ya como una cuestión de criterios diferentes que se resuelven en la práctica, sino que se utiliza como pretexto para desencadenar una abierta lucha de clases en la organización defendiendo sus intereses de grupo.

Pero aún en sus formas más incipientes, es sumamente nocivo no sólo por su capacidad potencial de transformarse en una camarilla constituida y actuante, sino por los problemas

inmediatos que causan: desconfianza, resentimiento, competencia, descuido de los intereses de conjunto de la organización por eso es necesario ser vigilantes con respecto a las formas embrionarias del espíritu de camarilla tales como el amiguismo y la compinchería.

Para facilitar esa vigilancia es conveniente que esas relaciones entre compañeros sean sobrias y políticas; sobre todo en los compañeros de dirección, entre sí y con los compañeros de las bases. Naturalmente no podemos ni debemos convertirnos en fríos monjes laicos. No está excluido el sano afecto entre compañeros de camaradería, el buen humor, pero se debe evitar cuidadosamente que esto se transforme en amiguismo y compinchería, que las relaciones no se basen en otra cosa, que no sea la comunidad de objetivos históricos, el interés superior de la revolución.

E) EL LIBERALISMO: Mao Tse Tung lo ha tratado científicamente y ampliamente en su conocido trabajo “sobre el liberalismo”. Para estos problemas nos remitiremos en líneas más generales a él y trataremos aquí un sólo aspecto particular, muy difundido en las organizaciones revolucionarias argentinas que ha causado graves daños a todas ellas: El liberalismo en materia de seguridad.

Esta forma de expresar el liberalismo se basa en el subjetivismo y la autosuficiencia y consiste en sobrestimar la capacidad propia y subestimar la del enemigo. Pero por sobre esta forma básica, aparecen en la práctica múltiples matices que se enraizan en otras manifestaciones del individualismo: El rutinismo, la falta de interés por las tareas, la tendencia a aplicar la línea del menor esfuerzo, etc.; para justificarlo se suele afirmar que estos problemas son consecuencias necesarias de la actividad, que cuando la actividad político-militar es pobre no se puede cuidar la seguridad. Nada más falso. Por cierto que los reformistas y los temerosos de la guerra usan la seguridad como una excusa para no combatir ni trabajar entre las masas. Pero la experiencia de las organizaciones que tienen una verdadera práctica revolucionaria demuestra que la actividad intensa y la seguridad no se contraponen. Por el contrario, justamente la actividad tiene continuidad y firmeza cuando se cuidan los problemas de seguridad. Por el contrario, cuando se descuida la seguridad, el primer contratiempo provoca «reacciones en cadena», que retrasan la actividad a corto y largo plazo. No nos extendemos en el aspecto técnico de la seguridad, porque cada organización tiene seguramente numerosos materiales sobre el tema basados en la rica experiencia hasta ahora realizada al respecto. Lo que queremos remarcar es que este liberalismo esta lejos de ser una muestra de coraje y decisión proletarias como algunos compañeros suelen creer. Por el contrario, es una peligrosa manifestación del individualismo burgués y pequeño-burgués que revela grave responsabilidad en los compañeros que caen en él y actúa corrosivamente contra la eficacia y el avance de su organización.

F) EL TEMOR POR SÍ MISMO: La prolongación frecuente y material de cualquier manifestación del individualismo es el temor por la propia persona. El compañero que conserva rasgos de individualismo, tiende consciente o inconscientemente, a preocuparse por su propia persona más que por la organización; la justificación última del individualista, su punto de referencia para todos sus proyectos y deseos, es él mismo. El individualista puede luchar sinceramente por la Revolución,

pero quiere gozar personalmente de sus frutos. El temor por perder la vida o de resultar gravemente amputado física y mentalmente, lo corroe consciente o inconscientemente. Al encontrarse en momentos difíciles en que se pone en juego la labor de mucha gente durante mucho tiempo, cuando de su propia decisión depende avanzar o retroceder bajo el fuego enemigo, cuando de la propia decisión depende delatar o callar bajo la tortura, ante la amenaza inmediata de una muerte real o simulada, el individualista tenderá a ser débil. Lo que en la práctica cotidiana aparecía como defectos menores de compañeros aparentemente excelentes, se revelará en esos momentos en toda su magnitud, como el verdadero cáncer de cualquier organización, la lacra que puede llevar al desastre a los revolucionarios mejor intencionados.

LA CORRECCIÓN DEL INDIVIDUALISMO: No se puede hacer un recetario sobre el tema. De la práctica revolucionaria en el seno de las masas iremos extrayendo los mejores modos de corregir este mal. Pero hay algunas normas básicas que surgen claramente de la experiencia ya adquirida. En primer lugar es necesario tener una clara conciencia del verdadero rol y de la verdadera dimensión del individualismo en las files revolucionarias. No tomar el problema a la ligera y mantener una permanente y severa vigilancia mutua con todos los compañeros, sobre todo con los compañeros de dirección. En segundo lugar, esforzarse por la proletarianización constante de la organización, de cada revolucionario tal como lo explicitamos anteriormente. En tercer lugar, ejercer constantemente la crítica y la autocrítica sobre todos los aspectos de la actividad teniendo siempre como un aspecto práctico y particular el individualismo y sus diversas manifestaciones. Sobre esta cuestión de la crítica y la autocrítica hay que señalar un par de aspectos. Teóricamente todo el mundo reconoce el valor de esta gran norma de los revolucionarios, pero en la práctica no siempre se la utiliza correctamente cayendo en una de las dos desviaciones: a veces se utiliza la crítica como arma de ataque personal, criticando a los compañeros a quienes les interesa desprestigiar, otras veces en cambio, se callan los errores ajenos, para evitar que nos señalen los propios. Y a veces, se cae en dos desviaciones a la vez, la segunda con los amigos y en la otra con los demás compañeros. Lo mismo sucede al recibir la crítica. Es frecuente que los compañeros al recibir la crítica se enojen o molesten, tratando de contrarreplicar con otras críticas, o de encontrar fallas en la crítica formulada, es necesario pues crear un ambiente propicio a la crítica y a la autocrítica, ejerciendo en forma cotidiana y sistemática, sin esperar a que los problemas nos den en las narices, para empezar a tratarlos.

Al respecto, es interesante ver lo que hacen los vietnamitas, dice Burchett en “Por qué triunfa el Vietcong”: “La organización básica del Vietcong es el trío. Todos los días los tríos se reúnen y analizan la actividad del día. Estas reuniones consisten generalmente en sesiones de críticas y autocríticas. Cada semana se efectúa una reunión de este tipo a nivel de escuadra (10 H), quincenalmente a nivel pelotón (31 H) y mensualmente a nivel compañía (120 H)”.

También es conveniente que cada compañero ponga el acento en la autocrítica antes que en la crítica.

LA FAMILIA EN LA PERSPECTIVA REVOLUCIONARIA

En el trabajo anterior hemos señalado algunas manifestaciones del individualismo como rasgo esencial de la hegemonía burguesa en el terreno ético.

Queremos ahora promover el debate acerca de estas manifestaciones en el campo particular de la pareja, la familia, la crianza de los hijos. Engels, en su libro «Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado» ha demostrado el carácter de clase de la familia, refutando la errónea creencia de que la misma sea una institución «natural», propia de la «naturaleza humana». En este sentido, demostró que la familia que nosotros conocemos, es un fenómeno históricamente determinado, propio de la sociedad capitalista. Pero Engels no planteó como sería o debería ser la pareja y la familia socialista. No lo hizo, no podía hacerlo, porque siendo la familia un elemento de las relaciones sociales, una familia socialista sólo podrá plantearse sobre la base material de las relaciones de producción socialistas. Por lo tanto, los revolucionarios sólo nos podemos manejar al respecto, como en las demás cuestiones éticas, con una moral de transición propia de la época de transición del capitalismo al socialismo que vivimos históricamente.

No obstante, es importante señalar que Engels rescata y defiende la pareja monogámica burguesa como forma de relación familiar superior a las anteriores de transición a la familia socialista. En efecto, la libertad de persona humana, su desarrollo armónico, son más viables aunque no se alcance totalmente es esta forma de familia, que en las formas que la precedieron: la poligamia, la poliandria, matrimonios por grupos y promiscuidad.

Esta afirmación teórica de Engels va siendo confirmada en la práctica de los estados obreros. La construcción de una nueva familia en todos ellos de la pareja monogámica como célula básica, demostrando su carácter superior como unidad de construcción de la familia socialista. Es un importante elemento a tener en cuenta para los revolucionarios de los países que aún están en manos del enemigo, que debemos realizar la construcción de nuestras propias formas de transición en el seno y en contraposición a la sociedad burguesa.

Es importante, sobre todo, en este momento en que la moral burguesa tradicional aparenta revolucionarse a sí misma, a través de lo que algunos comentaristas han dado en llamar la revolución sexual.

Esta falsa revolución consiste simplemente en volver del revés los conceptos burgueses tradicionales sobre la familia, la pareja y el amor. Pero permanece en terreno de la hegemonía burguesa en las dos cuestiones esenciales. La cosificación de las relaciones humanas y la sujeción de la mujer al hombre. La forma tradicional de la hegemonía burguesa cosifica las relaciones de pareja y sujeta a la mujer al hombre, esclavizándola en el seno del hogar patriarcal, impidiéndole su desarrollo en otros terrenos, haciendo un tabú de la virginidad, la fidelidad, etc. La forma de la hegemonía burguesa que se pretende imponer, procede exactamente a la inversa: predica un supuesto «amor libre» que aparentemente liberaría a los miembros de la pareja, particularmente a la mujer de la sujeción tradicional. Pero lo que en realidad hace es establecer nuevas formas de esclavización de la mujer y de cosificación de las relaciones entre ambos sexos. Por un lado, se despoja al amor de su carácter integral, de la relación armónica entre los múl-

tiples aspectos de la personalidad humana a través de la pareja, para cosificarlo y unilateralizarlo en un solo aspecto: el del sexo en sus manifestaciones más elementales. Se degrada así al sexo a su aspecto animal y se presenta esta relación degradada como la panacea de todos los males. Por otro lado se pone particularmente al sexo femenino al servicio del sistema capitalista, en la expansión del mercado, en la imagen de sí misma que trata de dar la hegemonía burguesa y el funcionamiento de la superestructura. Esto se puede ver con claridad en el papel que desempeñan la imagen de la mujer y el sexo en general en la publicidad, en la moda, los medios de comunicación masivos y las llamadas relaciones públicas. Para construir esta nueva moral sexual y familiar, los revolucionarios debemos partir de puntos de vista radicalmente opuestos. En primer lugar, la relación de pareja y las relaciones familiares deben ser despojadas de la cosificación general que la producción mercantil impone a todas las relaciones. Debemos comprender que nuestra pareja o nuestros hijos no son objeto de nuestro placer o de nuestras necesidades, sino sujetos, personas humanas integrales que no tienen en su personalidad un sólo aspecto, el sexual, o el familiar, o el filial, sino múltiples aspectos que componen la totalidad de la persona humana. Si comprendemos esto, logremos un presupuesto básico para comenzar a avanzar en este terreno: la absoluta igualdad entre los sexos y el carácter integral de las relaciones personales de la pareja o la familia.

Debemos plantearnos a continuación un segundo problema. ¿Cuál es la base material de esa relación? ¿El sexo o la actividad social? Consciente o inconscientemente la creencia de que el sexo es la base material de la pareja caracteriza la mayoría de las relaciones, incluso entre algunos compañeros revolucionarios. Sin embargo, la psicología moderna y numerosas experiencias demostraron lo contrario: sólo cuando la pareja tiene relaciones armoniosas en los demás terrenos logra al mismo tiempo la plenitud sexual. Por el contrario las relaciones que pretenden basarse puramente en el sexo, terminan por frustrarse en todos los aspectos, incluso en el sexo.

La pareja sólo puede, pues, basarse en una relación integral entre sus miembros, que tiene como base material la actividad social de los mismos, el rol concreto que juegan en la sociedad: el de militantes revolucionarios.

Por lo tanto, la pareja revolucionaria es una relación integral entre dos personas que tienen un eje, una base material: su actividad revolucionaria. La relación será armónica y positiva en la medida que contribuye al avance como revolucionarios de los compañeros de la pareja y al enriquecimiento de sus relaciones con la organización revolucionaria, con la clase obrera, con el pueblo, con el conjunto del proceso revolucionario. Por cierto no debería interpretarse esto de una manera esquemática, en el sentido de que basta pertenecer a la misma organización y ser buenos militantes para establecer una buena pareja. Es claro que además de ello son necesarios otros aspectos, otras afinidades, otros afectos. Pero sí debemos interpretarlo en el sentido dialéctico. Debemos comprender que para los revolucionarios la pareja no es una entidad «personal» al margen del conjunto de sus relaciones y actividades políticas. Por el contrario, la pareja es una actividad política, también. Sus integrantes pueden y deben encontrar en ella una verdadera célula básica de su actividad política, integrada al conjunto de sus relaciones. Decimos «célula básica» porque en ella encontrarán sus miembros el primer elemento de confrontación de sus propios avances revolucionarios y el primer

punto de apoyo para realizarlos. Pero además integrada al conjunto de sus relaciones, porque la pareja revolucionaria no debe constituir una unidad cerrada que empieza y termina en la misma, sino como decimos más arriba integrarse en sus relaciones al conjunto de la relación, con la clase obrera y el pueblo y con el conjunto del proceso revolucionario. En efecto, esta pareja puede y debe integrarse a una forma de vida comunitaria constituida por el grupo de compañeros que comparten una unidad de vivienda (si ese es el caso). Este grupo constituye la célula básica, no sólo de la actividad político-militar de la organización sino de un estilo de vida que constituye una adecuada transición hacia el futuro estilo de vida socialista. En el seno de la organización de la casa, los compañeros tanto los que constituyen parejas como los que no, compartirán todos los elementos de la vida cotidiana. No sólo se integran activamente en la actividad revolucionaria, sino que integran todos los elementos de su vida cotidiana compartiendo sus recursos a través de un fondo común y rotativamente las tareas domésticas, prácticas de la casa, tanto aquellas relacionadas con la actividad como las relacionadas con la vida corriente del grupo, comparten en fin, los ratos libres, la diversión, el estudio, etc. En este embrión y proyecto de vida en común la pareja revolucionaria constituida contribuye a la estabilidad del grupo y encuentra en él el medio adecuado para proyectar su propia relación en el conjunto de sus relaciones sociales de manera positiva. Pero tampoco esta «célula político-militar» puede aislarse de la realidad que lo rodea. Proceder de esa manera es tratar de construir la organización revolucionaria como un planta de invernadero, separada del resto de la sociedad. Por cierto que de esa manera no constituiremos organización revolucionaria alguna. La organización revolucionaria debe ser delimitada claramente de las masas en el terreno organizativo, como señaló Lenin, pero políticamente debe ser un organismo abierto a las masas, como también señalaba Lenin al decir que se debe aprender de las masas para poder educarlas. A lo que cabe agregar que cuando las organizaciones no son lo suficientemente maduras, es más lo que deben aprender de las masas que lo que deben enseñar a ellas. Esto es válido también en el terreno de la construcción de una nueva ética para la pareja y la familia. Esta célula básica político-militar que constituye el grupo de compañeros, que comparten una unidad de vivienda debe estar permanentemente abierta y ligada a las masas, no sólo en sus relaciones más generales, sino en su vida cotidiana. Cuando más arriba planteamos la necesidad de que los compañeros, compartan las tareas de la casa, la utilización del tiempo libre, el estudio, etc. ello debe entenderse en el sentido de compartirlo no sólo entre sí, sino con las masas. De allí la importancia de la vida en medios proletarios. Abriendo su unidad familiar a los vecinos, a las masas que nos rodean e integrándonos a ellas, los revolucionarios aprenderán de las masas, confrontarán con ellos el acierto o desacierto de sus prácticas y puntos de vista y podrán aportar a las masas los legítimos progresos que hagan en su vida como revolucionarios. Digamos de paso, que al mismo tiempo es la única manera de garantizar la seguridad correctamente.

LA CRIANZA DE LOS HIJOS

En este marco se inscribe la cuestión de la crianza de los hijos. En primer lugar, es necesario salir al cruce de la opinión arraigada entre algunos compañeros en el sentido de que los

revolucionarios no deben tener hijos pues éstos los limitan en su condición de tales. Esta afirmación es incorrecta.

Es cierto que se pueden citar casos de compañeros que por temor por sus hijos han dado muestras de debilidad frente al enemigo, que a causa de ellos han descuidado su actividad revolucionaria. Pero esto no quiere decir que los hijos sean las causas de estas actitudes individualistas, sino que constituyen por el contrario, un efecto, una manifestación más del individualismo burgués y pequeño-burgués, que en esos casos se manifiesta a través del temor por los hijos o por el descuido de las tareas en aras de ellos.

Como en otras circunstancias se manifiesta de otra manera. El revolucionario sólo puede ser cabalmente tal en la medida que sea un ser humano completo, que desarrolla integralmente su condición humana, como a la inversa, la actividad revolucionaria es la condición básica para el desarrollo integral de su personalidad.

En este sentido, la natural e instintiva tendencia del ser humano a prolongar la existencia de la especie, puede y debe ser tratada de una manera revolucionaria. Esto no implica por cierto la obligación de ser un gran padre, o madre, para ser un revolucionario cabal, pero si implica lo contrario, es decir, el hecho de ser un buen padre o madre no se contraponen sino que se complementa con la formación de un revolucionarios cabal.

Pero para ello es necesario desprenderse de la actitud individualista corriente frente a los hijos. Esta concepción individualista consiste en unilateralizar la relación padres-hijos, unilateralizarla de la misma manera que se unilateraliza cualquier otra relación humana, considerando un solo aspecto de la persona. En este caso su condición de hijos nuestros. Esta actitud corriente frente a los hijos es la prolongación natural del individualismo propio de la hegemonía burguesa. Desde el momento que bajo esta hegemonía el centro de sus valores y el punto de referencia de cada persona lo constituye su propia individualidad, ya que son las únicas personas que llevan en sí elementos muy íntimos de nosotros mismos.

Para erradicar esa actitud individualista debemos empezar por comprender que nuestros hijos como todas las personas, no tienen un sólo aspecto, es decir, su carácter de hijos, sino que son personas humanas como nosotros mismos y que en cuanto personas tienen sus propias necesidades de desarrollo integral como cualquier otra y hemos señalado que entre esas necesidades de la persona humana figura en primer término la integración al proceso histórico que vivimos. Naturalmente en el caso de los niños, estas necesidades tienen características muy especiales, ya que su corta edad requiere de los adultos una especial protección y les impide comprender muchas cuestiones.

En este sentido, debemos empezar por entender que los chicos no son adultos petisos sino niños, es decir, personas con características básicas distintas a la de los adultos. En consecuencia nuestra primera obligación hacia ellos es brindarles los elementos de comprensión de sus circunstancias en términos adecuados a su edad en cada caso y prestarles la protección que su vulnerabilidad e indefensión requieren. Pero esta atención debemos brindarla de una manera revolucionaria, no individualista. Brindarla desde el punto de vista de una ética

basada en la vida colectiva. Esto quiere decir que por un lado la atención de los hijos no puede contraponerse al conjunto de las actividades de un revolucionario sino integrarse en ellas. Los hijos de los revolucionarios deben compartir todos los aspectos de la vida de sus padres, incluso a veces sus riesgos. Por cierto que debemos tratar de brindar a los niños protección especial, propia de su corta edad. Pero siempre que esa protección especial no se contraponga con los intereses superiores de la revolución. La hermosa imagen de la madre vietnamita que amamanta a su hijo con el fusil a su lado, que hemos visto en algunos afiches y revistas, es todo un símbolo de esta nueva actitud revolucionaria frente a los hijos. Los vietnamitas brindan a los hijos toda clase de atenciones especiales, pero cuando a veces ellos deben compartir los riesgos de la guerra, sus padres no vacilan en que así sea. Para que esta actitud revolucionaria frente a los hijos sea posible, es necesario que se integren al concepto de pareja y al concepto de unidad familiar que hemos señalado más arriba.

Debemos desterrar para siempre la idea de que la crianza de los hijos es "una tarea de madre", aún en sus aspectos prácticos más elementales. La crianza de los hijos es una tarea común de la pareja y no sólo de la pareja sino del conjunto de compañeros que comparten una casa. Al respecto, debemos promover activamente una nueva actitud. Cuando se habla de compartir en el seno de la casa común no sólo la actividad político-militar del grupo, sino el estudio, la utilización del tiempo libre y las tareas comunes, de la vida cotidiana, estas tareas comunes deben incluir la tarea superior de la crianza de los hijos de los compañeros que comparten la casa.

Al respecto es interesante señalar las experiencias hechas por el pueblo revolucionario de Cuba en la Isla de los Pinos. Allí jóvenes parejas realizan experiencias de nuevos modelos de vida comunitaria, practicando entre otras, la crianza común de los niños. La experiencia resulta altamente satisfactoria tanto para los padres como para los hijos, demostrando así en la práctica lo que la psicología había establecido teóricamente: Lo que los niños necesitan no es tanto "su" padre y "su" madre, sino la imagen del padre y la madre. Es decir, todo lo que éstos significan en afectos, protección, apoyo, identificación de personalidad para el aprendizaje, etc. y estas imágenes son perfectamente intercambiables, cuando el intercambio se efectúa correctamente, aún cuando el niño distinga cuáles son biológicamente sus padres. Si en la práctica corriente de la sociedad los niños que no se crían con sus padres experimentan todo tipo de problemas, no es por la carencia en sí de sus padres, sino porque las personas que los reemplazan no desempeñan el papel de padre revolucionario. Es decir, porque el individualismo no permite que se trate a los niños como se trataría al propio hijo. Si por el contrario, se pone en la crianza del niño todo el cariño y la atención que se pondría en el hijo propio, el niño no experimentaría carencia alguna. Son las diferencias que se hacen con ellos, las que perjudican a los chicos. Esta actitud revolucionaria frente a la crianza de los hijos es perfectamente posible y debemos promoverla en el marco de esa verdadera nueva unidad familiar que deben constituir el grupo de compañeros que comparten una unidad de vivienda. Haciendo así, constituye una verdadera tarea, tan importante como cualquier otra tarea político-militar pues se trata nada menos que de la educación de las futuras generaciones revolucionarias, las que tendrán sobre sus hombros la tarea de construir el socialismo.

Finalmente, esta actitud debe ser complementada con la seria atención que deben prestar las organizaciones revolucionarias al cuidado de los hijos de los compañeros muertos o prisioneros. La organización tenderá a ocuparse no sólo de los aspectos materiales más urgentes de ese cuidado, sino también a promover la integración del niño a una nueva unidad familiar en el seno de la organización. Esto es particularmente importante en los casos de hijos de compañeros de extracción no proletaria. Generalmente estos niños quedan en manos de abuelos o tíos y de esta manera todo lo que sus padres hayan avanzado en la lucha contra el individualismo burgués y pequeño-burgués, lo perderá el niño al volver a recibir en el hogar de sus abuelos o tíos la influencia de la hegemonía burguesa.

También este aspecto debe ser integrado en la vida de las masas. Los niños deben integrarse a las masas de la manera que es posible a ellos, jugando y conviviendo con los hijos de los obreros. Y los padres debemos ocuparnos mutuamente de los problemas de la crianza. Confrontar con ellos la crianza de nuestros hijos y de los suyos, brindar una atención general a los problemas de los niños, sin establecer diferencias odiosas entre "hijos propios y ajenos".

De esta manera los niños irán avanzando en una educación proletaria que debemos complementar con una educación política, en términos adecuados a la edad de cada niño.

EL PAPEL DE LA MUJER

Sobre la base de los criterios generales planteados más arriba, debemos analizar en particular el problema de la mujer, comprendiendo su situación concreta aquí y ahora. En la sociedad burguesa, la mujer, sobre todo la mujer obrera, constituye un sector explotado particularmente, en la explotación u opresión general como tal. Debemos distinguir en esta situación las diferencias que derivan biológicamente de su papel de madre y aquellos elementos que son puramente sociales; para integrar los primeros en el planteamiento ético que realizamos y combatir los segundos.

En el primer aspecto, es claro que durante el embarazo y la lactancia la maternidad plantea obligaciones especiales. Las compañeras deben asumir esta realidad, y no creer que al ser madres podrán militar de la misma manera. Habrá limitaciones lógicas a las actividades prácticas habituales. Pero estas limitaciones se deben comprender revolucionariamente, como impuestas por la tarea superior de educar a las futuras generaciones revolucionarias y compensarlas prácticamente con otro tipo de actividades viables, como por ejemplo el estudio. Su pareja y demás compañeros deberán comprender este problema y apoyar a las compañeras de una manera revolucionaria, ayudándoles a comprender y superar esas limitaciones prácticas. Esto se podrá lograr también en la medida que se integra nuestra vida cotidiana a la vida de las masas. Por ejemplo, aprendiendo de las mujeres proletarias la manera en que se cuidan mutuamente los hijos y de otras muchas maneras.

En cambio otras formas de limitación y opresión de la mujer son manifestaciones de la hegemonía burguesa, tal como hemos señalado más arriba. Estas expresiones deben ser combatidas activamente. Para ello las organizaciones revolucionarias

deben tomar entre sus reivindicaciones la liberación de la mujer, particularmente de la mujer proletaria. Es bien visible la doble explotación a que se las somete en forma de salarios inferiores, condiciones de trabajo peores que los hombres y hasta atentados a su pudor por parte de los patrones o el personal jerárquico. A su vez este planteo sólo podrá llevarse evidentemente a la práctica, en la medida que ingresen a las organizaciones revolucionarias las propias interesadas: las mujeres proletarias.

Es muy visible cómo se manifiesta en el seno de nuestras organizaciones la hegemonía burguesa, a través del gran déficit de compañeras obreras. Es muy importante que las organizaciones en su conjunto y particularmente las compañeras se preocupen de ganar para nuestras filas mujeres proletarias, en elevarlas a cuadros revolucionarios y proletarizarse ellas mismas. Debemos plantear los problemas particulares de las mujeres obreras y dirigirnos a ellas llamándolas a nuestras filas para luchar por estas reivindicaciones y por el conjunto de los objetivos revolucionarios. La proletarización que reclamamos para todas las organizaciones debe tener especial énfasis entre los elementos femeninos.

Sólo así podremos resolver en la práctica el problema de la doble opresión de la mujer e integrar esta cuestión en su aspecto ético al conjunto de nuestros esfuerzos por la construcción de una moral revolucionaria.

AUTOCRÍTICA

En todo lo anterior intentamos iniciar la crítica de la moral burguesa en el terreno amoroso y familiar. Debemos complementar esta crítica con una autocrítica de los reflejos de esa moral en nuestras filas.

Los casos prácticos son numerosos, por lo que intentaremos resumir en unos pocos casos tipo.

Está en primer lugar la proyección de los desacuerdos de la pareja a la militancia práctica. Es muy frecuente que compañeros que llevan una relación inarmónica aflojen en la militancia. Esta es una manifestación de individualismo que proviene de considerar a la pareja como una entidad separada del conjunto de la militancia. Se debe superar considerando a la pareja como una célula político-familiar, como señalábamos más arriba.

En segundo lugar, está el caso contrario: el de "protegerse mutuamente tratando de evitarse uno a otro riesgos en las tareas o manifestando debilidad frente al enemigo por temor a la seguridad o a la integridad física del compañero o la compañera. Es una verdadera falta de respeto por la personalidad revolucionaria del otro y tiene el mismo origen individualista que el caso anterior.

Otra falta de respeto por la pareja se manifiesta cuando se produce una separación temporaria por las tareas o porque uno de los compañeros o ambos caen en manos del enemigo. En este caso es frecuente que los compañeros tiendan a iniciar nuevas relaciones. Es una manera cómoda de resolver las carencias propias inmediatas y constituye una muestra de fuerte individualismo, al no ponerse en el lugar del otro y no mirar las cosas de conjunto, partiendo del punto de vista de los intereses superiores de la revolución

Tiene el mismo origen señalado y además la errónea creencia consciente o inconsciente de que la base material de la relación de pareja la constituyen las manifestaciones elementales del sexo y no la práctica social. Esto no quiere decir que en ciertas circunstancias no sea legítimo y positivo iniciar una nueva relación. Pero siempre debe hacerse tras un cuidadoso análisis de todos los elementos y no de manera irreflexiva, ligera y apresurada, cediendo a los impulsos circunstanciales y superficiales.

Todas estas desviaciones sólo podría corregirse con el criterio antes señalado y su corrección contribuirá a la construcción de una nueva moral y al avance de las organizaciones revolucionarias.

[apareció firmado con el seudónimo de Julio Parra, en **La Gaviota Blindada**, n° 0, Cárcel de Rawson, hacia julio de 1972]